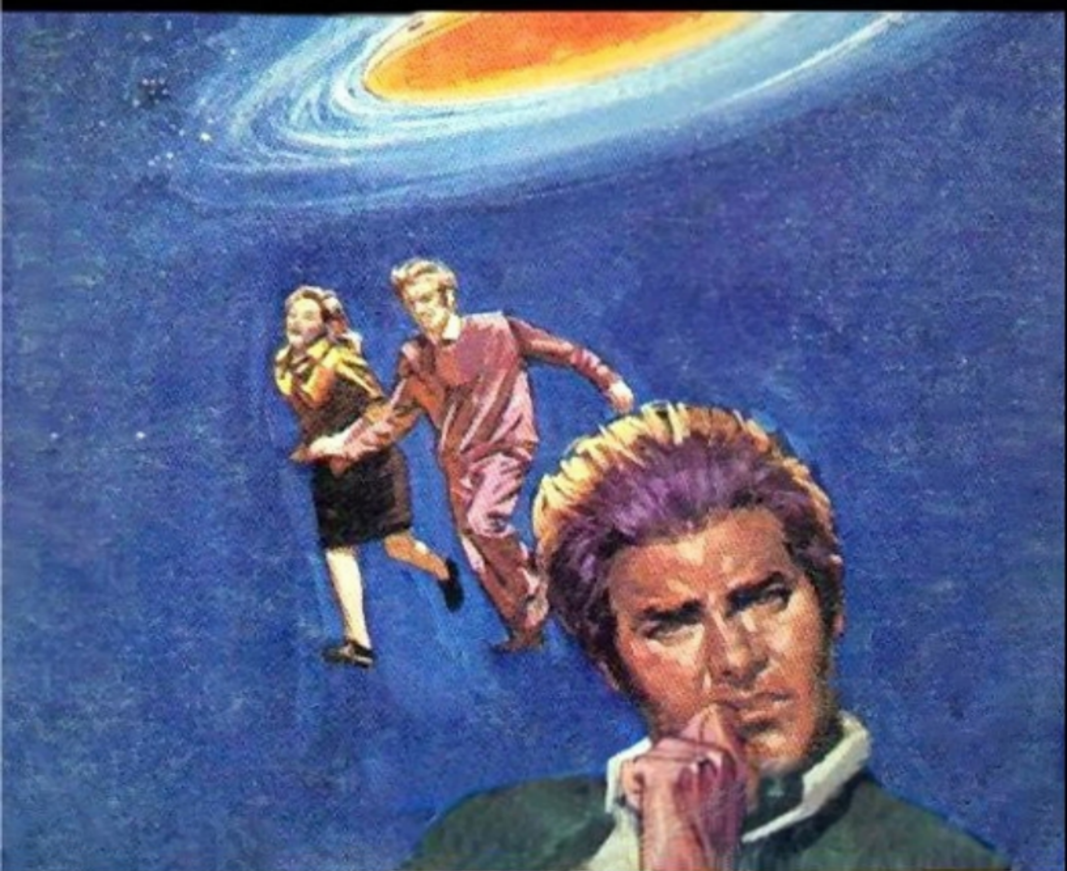
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL HOMBRE QUE QUERIA SABER

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

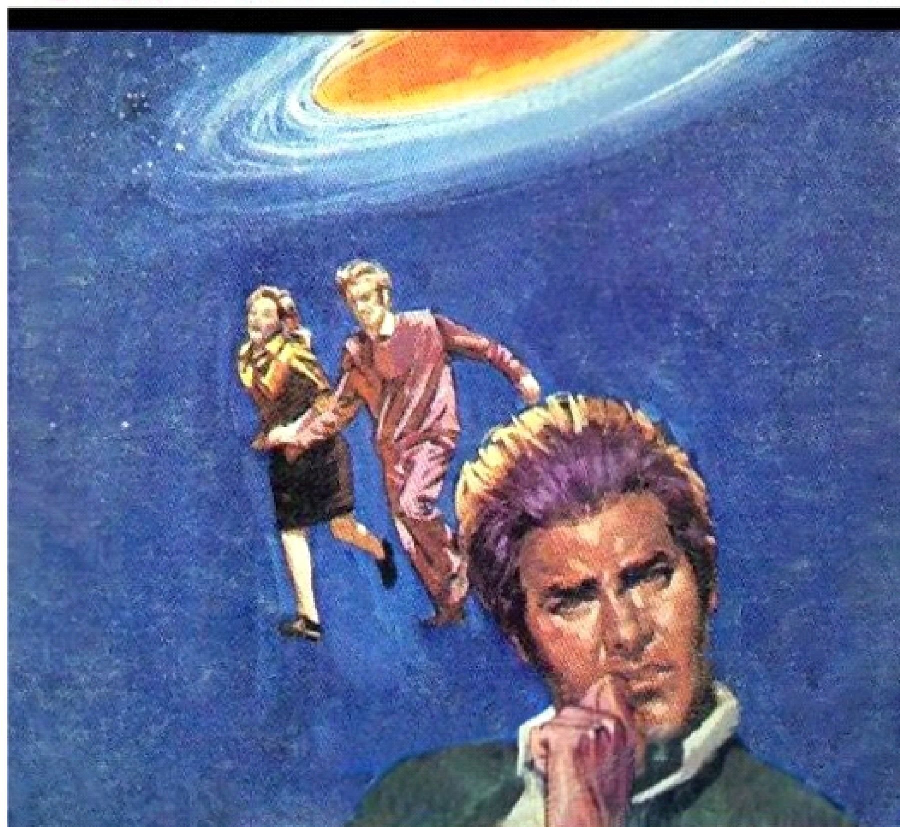


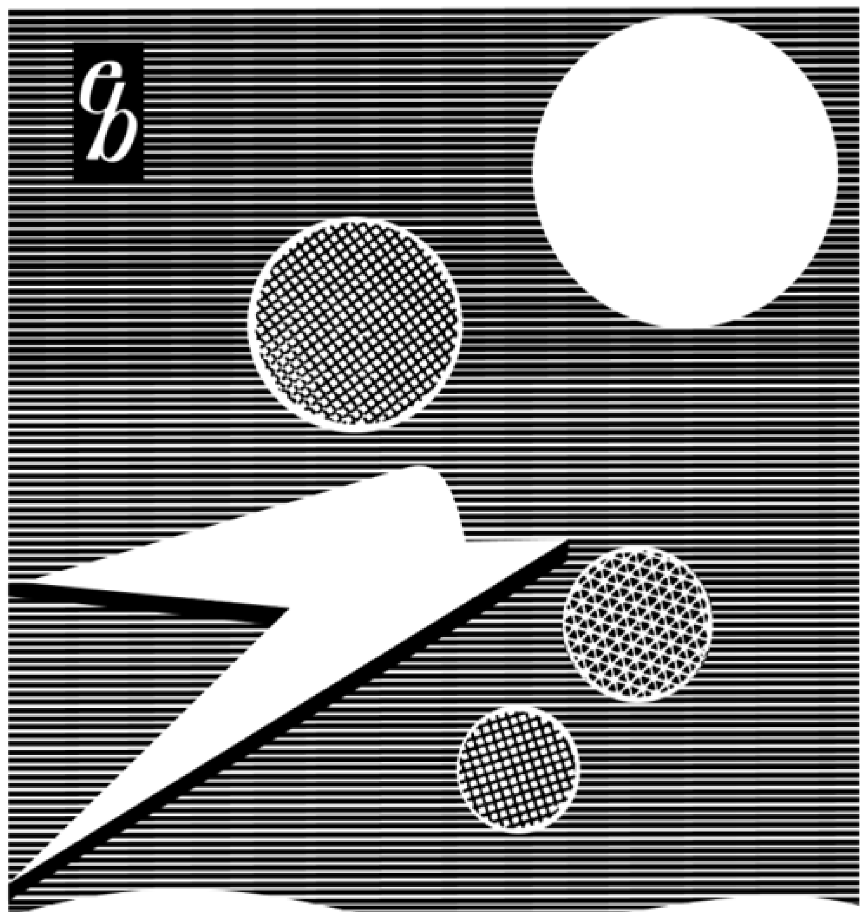
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EL HOMBRE QUE QUERIA SABER

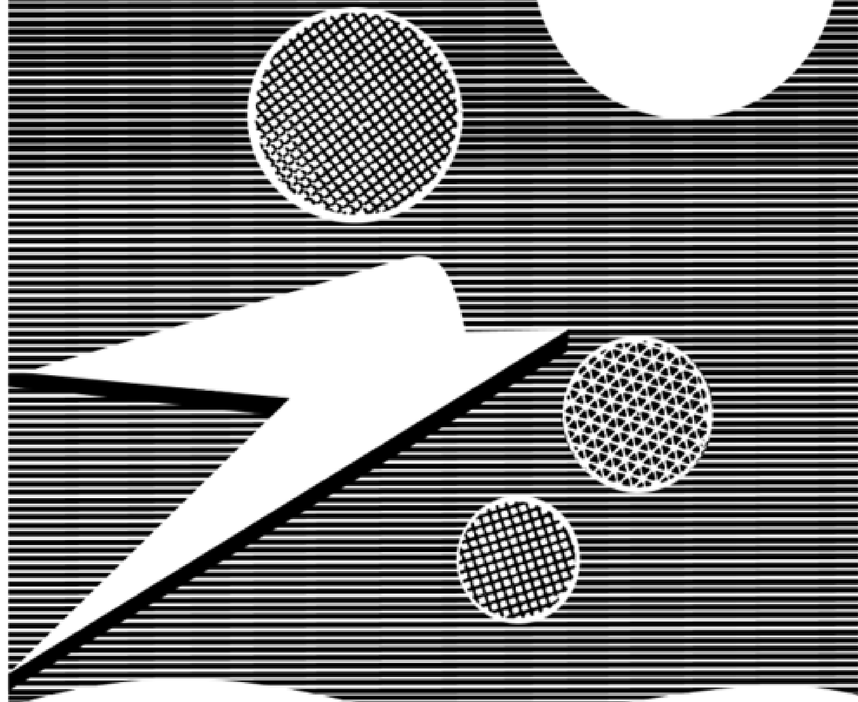
Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — El nuevo Edén, *Clark Carrados.*
2. — Los dioses lloran sangre. *Curtis Garland.*
3. — Perispíritu. *Adam Surray.*
4. — Puente de vida y muerte. *Glenn Parrish.*
5. — El maldito y podrido planeta, *Ralph Barby.*

KELLTOM McINTIRE

EL HOMBRE QUE QUERIA SABER

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 260

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES —
CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 24.851 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Eh, vosotros! —gritó alegremente Dan—. ¿Quieres venir a echarme una mano, Bob, o pensáis seguir ahí toda la noche?

Bob estaba besando a Glenda entre los arbustos cuando oyó el grito de su amigo Dan Fulner.

Entonces se elevó del suelo y ofreció su mano a la bella mujer de la que se había enamorado un mes antes y la alzó del suelo.

—En fin —susurró, pesaroso y risueño—. No habrá más remedio que ayudarle a asar la carne. Vamos, Glenda.

En verdad el fin de semana estaba transcurriendo en un ambiente cordial, apacible e inolvidable.

Habían nadado en el lago mañana y tarde, habían cantado, bailado y bromeado con Jim y Bessie, los hijos del matrimonio Fulner. Hacía mucho tiempo que el joven teniente-detective Bob Kingman no se divertía tanto.

Para conseguir aquellos momentos felices se habían tenido que dar tres circunstancias. La primera era que Bob era un buen amigo de los Fulner. También estaba Glenda, de la que estaba enamorado seriamente. Y por último, la buena suerte de estar franco de servicio durante aquel fin de semana.

Dan Fulner le habló de ellos el jueves por la tarde.

—¿Qué tal si Glenda y tú os vinierais con nosotros a pasar el fin de semana? Elizabeth tiene una gran ilusión por hacer una excursión al Parque Nacional Sequoia Kings. Si estáis de acuerdo en venir, no tendréis que preocuparos de nada: Elizabeth lo preparará todo.

Se habló de todos los pormenores de la excursión. Incluso de la posibilidad de que las mujeres durmieran en la gran *roulotte* de los Fulner y los hombres en la tienda de campaña.

Bob se mostró encantado.

¿Qué otra cosa podía desear más que pasar junto a la preciosa Glenda dos o tres días en medio de la naturaleza?

Sí, habían sido dos días inolvidables.

Por desgracia, al día siguiente, es decir, el domingo, hacia el mediodía, deberían emprender el regreso a Los Ángeles. Y vuelta a la rutina del duro trabajo en la Sección Especial Antiatracos.

—¿Vienes o no? —volvió a insistir Dan.

Bob se separó de Glenda y se reunió con su amigo.

El fuego, a pesar de la burlona insistencia de Dan, estaba ya perfectamente encendido, y su camarada estaba colocando la carne sobre la parrilla de la barbacoa.

—Bueno, ya está bien de amor —bromeó Dan—, Ahora bebamos un trago mientras nuestra carne se va poniendo dorada, ¿eh?

Fulner sacó dos botellas de cerveza del frigorífico portátil y ofreció una a Bob, que se la llevó a los labios y dio un largo y ansioso trago del amargo y refrescante líquido.

El delicioso aroma de la carne asada se extendió por la explanada y alcanzó los linderos del bosque.

Bob encendió un cigarrillo y sonrió, mirando a Glenda, que bailaba junto a la *roulotte,* al son de. las notas que el joven Jim Fulner sacaba a su guitarra.

Junto a ellos brillaba la fogata que los chicos habían encendido un momento antes.

El destello rojizo de las llaman ponía en el rostro de Glenda un tono cobrizo que aumentaba aún más su belleza.

Todo transcurrió en apenas unos segundos.

La guitarra que tocaba Jim enmudeció. El muchacho señaló, atemorizado, hacia las copas de los árboles que rodeaban el círculo de la explanada.

También Dan Fulner y Bob se volvieron, extrañados.

Una luz poderosa, rojizo-amarillenta, iluminaba la explanada en toda su extensión y alcanzaba más allá de los altos pinos.

Los chicos quedaron mudos, absortos en la contemplación del extraño fenómeno.

En los primeros momentos, Bob no supo de dónde procedía aquella intensísima luminosidad. Luego...

En el absoluto silencio del bosque y por encima de las copas de los árboles, surgió el enorme y brillante objeto que despedía irisaciones anaranjadas y azuladas tan fuertes que cegaban.

«La carne se está quemando en la barbacoa», fue el absurdo y extemporáneo pensamiento que acudió a la mente de Kingman.

Dan retrocedió, con el espanto en sus facciones.

Tan atolondrada y loca fue su carrera que tropezó con la barbacoa y la volcó, con lo que la carne y las brasas se desparramaron sobre el suelo del campamento.

La temperatura subió muchos grados en pocos segundos y Bob comenzó a exudar copiosamente.

Elizabeth Fulner dejó escapar un alarido de terror. Y agarrando a sus hijos, que habían perdido toda capacidad de reacción, los arrastró velozmente hacia el coche.

Bob permanecía en pie, inmóvil, como si sus piernas hubieran echado raíces en el suelo.

A su espalda oyó el grito desesperado de Glenda:

—¡Por amor de Dios, Bob! ¡No te quedes ahí! ¡Corre!

Pero los ojos de Kingman seguían como hipnotizados el lento descenso del centelleante aparato volador sobre la ancha explanada.

A su espalda resonó el escape del coche de Dan Fulner.

Giró la cabeza y vio cómo el coche se alejaba a gran velocidad, dando tumbos a lo largo del caminillo que se adentraba en el bosque y bordeaba el lago.

Todavía seguía gritando Glenda. Gritaba y gritaba su llamada desesperada, asomada a la ventanilla posterior.

Bob volvió la vista hacia el objeto volador que descendía casi rozando las copas de los árboles.

¿Un OVNI?

Era enorme, de color metálico azulado, forma circular y absolutamente silencioso.

Sus medidas sobrepasarían, quizá, las de un gran *jet*.

Pero ¿por qué aguardaba Kingman, por qué no experimentaba terror, por qué el instinto de conservación no le impulsaba a huir de aquella «cosa» diabólica y desconocida…?

Bob había leído muchas noticias, narraciones e informes sobre los Objetos Voladores No Identificados, sobre las enigmáticas astronaves procedentes de otros mundos.

Jamás había creído de forma consciente en ello. Cierto que las noticias sobre las visitas de los OVNI a distintos países de la Tierra menudeaban en los distintos medios de comunicación.

Para Kingman, el tema era apasionante, pues jamás había tenido la oportunidad de contemplar un OVNI.

Bob no sentía terror, aunque sí una vaga e indefinida angustia.

De la experiencia que los humanos tenían de los OVNI, se desprendía que aquellos visitantes extraterrestres jamás habían demostrado hostilidad contra los habitantes de la Tierra.

De repente, en un solo segundo, Bob comprendió por qué no tenía miedo: su curiosidad era tan poderosa que bastaba para vencer a cualquier otra sensación.

Elevó una mano y se la puso de pantalla sobre los ojos para poder resistir la potente fosforescencia que emanaba de lo alto.

El OVNI pasó rozando las copas de los árboles y las ramas se chamuscaron e incendiaron.

Mudo de asombro, Bob contempló los movimientos del aparato volador.

¡Estaba descendiendo sobre la explanada, como si se dispusiera a tomar tierra!

De improviso, el aparato se inmovilizó como a unos quince metros de altura, en mitad del claro del bosque.

«¡Si hubiera traído mi tomavistas…!», pensó, excitado.

El bosque estaba en silencio. Ningún rumor procedía del brillante OVNI. Apenas se oía el crepitar de las llamas que habían prendido en lo alto de las ramas.

Entonces, sin pensarlo, Bob hizo algo inconcebible: avanzó algunos pasos en dirección al OVNI.

El aparato retrocedió a escasa velocidad y volvió a detenerse en el aire, unos metros más allá, guardando, al parecer, la distancia.

Bob lo contemplaba sin perderlo de vista.

Un pensamiento inquietante llenó su ánimo:

«¿Estarán… observándome desde el interior del OVNI?»

Tragó saliva. Se detuvo.

Los científicos más expertos en la observación de un OVNI opinaban que las naves siderales eran guiadas mediante control remoto u otro procedimiento similar, pero se negaban a creer que estuvieran tripuladas por… seres, sea cual fuere su condición.

El fuego iba tomando incremento en el bosque. Bob sentía ya el ardor en sus mejillas.

Debía alejarse, reunirse con Glenda, con sus amigos… ¡Era lo más sensato!

Pero siguió allí, clavado en el suelo, mirando sin pestañear la

superficie azul metálica del desconocido aparato.

En aquel momento, el OVNI comenzó a descender. Lo hacía muy despacio, sin bambolearse, sin la más leve trepidación.

Y al fin se posó en el suelo.

«He aquí la más extraña aventura que me será dado vivir en todos los días de mi existencia», pensó Bob.

Observó que ni una mota de polvo se había alzado cuando el OVNI tomó tierra.

¿Era debido a aquel descocido efecto antigravedad en cuya investigación tantos millones de dólares y horas de trabajo había empleado la Fuerza Aérea de los Estados Unidos de América?

Súbitamente, Bob palideció. El temor se apoderó de él con brutalidad absoluta.

La luminosidad fosforescente que emanaba del OVNI había decrecido. En la lisa superficie azulada acababa de abrirse una abertura oblonga

Una silueta indefinible se movió en aquel agujero.

Bob Kingman quiso gritar con todas sus fuerzas. Pero ningún sonido brotó de sus labios.

CAPÍTULO II

—¡Vamos, vamos, tienen que serenarse! —exclamó el sargento Summerfield—. Tranquilícense, por favor. Con toda probabilidad, encontraremos al señor Kingman.

Glenda acababa de sufrir un nuevo e impresionante ataque de nervios y había sido evacuada en una ambulancia hacia el hospital.

Jim y Bessie, los hijos del matrimonio Fulner, dormían en la cabina de un motel próximo. Para ello, había sido preciso inyectarles tranquilizantes.

En cuanto a Dan. y Elizabeth, ambos aparecían ojerosos, pálidos, extenuados, aunque todavía dominados por la más viva inquietud.

Un caballero penetró en la comisaría. Era el doctor Kent, médico de la policía que había atendido y acompañado a Glenda hasta el hospital.

—¿Cómo está? —preguntó en seguida Dan.

—No hay nada que temer. Se trata de un simple ataque de histeria. Quizá dentro de unas horas, la señorita Wells se encuentre bien. Acabo de inyectarle un sedante y ahora duerme. Es preciso que la dejen descansar todo el tiempo que se requiera —respondió Kent. Y añadió, mirando a Summerfield—: Llámeme si me necesita, sargento.

—Gracias, doctor; así lo haré. Buenas noches —respondió el policía.

Y cuando el doctor Kent salió, miró a los Fulner con desconfianza y pronunció con lentitud:

—En cuanto a esa extraña e increíble historia...

Dan Fulner sentía sus nervios a punto de estallar y no pudo reprimir su colérica contestación:

—No quiere creernos, ¿verdad? No acaba de comprender que sería absurdo que tres personas adultas, sanas y sin ninguna tara mental, se inventaran una historia fabulosa. ¿Piensa que sólo queremos pasar el rato? Ya vio a la señorita Wells: estaba destrozada...

El teléfono zumbó sobre la mesa de Summerfield, que descolgó inmediatamente el auricular y estuvo escuchando con atención durante un minuto.

Cuando colgó, sonreía cínicamente.

—Quizá yo tenga ya la explicación para su absurda historia, señor Fulner —declaró.

—¿Es cierto? ¡Hable, por favor!

—Pues bien: he aquí lo que pienso. Ustedes prendieron fuego al bosque, quiero pensar que fue de forma accidental. Y después, para eludir su responsabilidad, inventaron el cuento del OVNI.

De improviso, rotos sus nervios, Fulner se arrojó sobre el sargento Summerfield y trató de agarrarle.

—¡Canalla! ¿Cómo... cómo puede pensar tal cosa? ¡Somos personas honradas, ciudadanos conscientes y responsables! ¿Lo com-pren-de? —gritó, al borde del paroxismo.

Fulner era un hombre muy robusto y posiblemente el delgado sargento Summerfield lo hubiera pasado mal si en aquel momento no hubiera irrumpido otra persona en la habitación.

El hombre que acababa de entrar vestía ropas civiles.

—¡Por favor, cálmese! —gritó aquel hombre, interponiéndose entre Summerfield y el desatado Dan Fulner—. ¡Vamos, ya está bien! Supongo que usted es el señor Fulner. ¡Quietos! Así..., tranquilícese, señor Fulner. Soy el comisario Purdom.

Al fin, Fulner se dejó llevar por su esposa y cayó, derrengado y tembloroso, sobre una silla.

Summerfield barbotaba amenazas, pero el comisario Purdom le obligó a callar.

Cuando todos se hubieron calmado un tanto, Purdom bajó la voz y dijo al sargento:

—Quizá sea verídica la historia que Fulner le ha contado, Summerfield.

—¡Increíble...! —murmuró el sargento.

—Escúcheme: acabo de establecer comunicación con el observatorio de Gladestone. Y he sabido que han estado siguiendo a través del telescopio a un objeto brillante, de considerable volumen. Los observadores de Gladestone imaginaron, en un principio, que se

trataba de un aerolito, incandescente al penetrar en la atmósfera. Sin embargo, no han podido detectar su choque sobre la superficie de la Tierra.

—¿Es posible? —exclamó Summerfield, estupefacto.

—Baje la voz. Y tenga en cuenta que lo que estoy diciendo debe permanecer en secreto. Al parecer, no se trataba de un aerolito, sino de un OVNI. El radar de la estación del FAA en California detectó la presencia de una nave desconocida sobre el Parque Nacional Sequoia-Kings, hacia el anochecer. Hace una hora, aproximadamente, una escuadrilla de aviones interceptores «F-106» ha despegado de la base de Rawlings, con la misión de observar e interceptar a ese OVNI, si era posible. Al parecer, consiguieron darle vista sobre el parque Sequoia-Kings, pero el OVNI se elevó verticalmente y les dejó atrás en seguida, desapareciendo a velocidad fabulosa.

—Y yo había imaginado…

—Que la declaración de los Fulner y la señorita Wells era pura fábula —completó Purdom. Y añadió—: Pues bien; he recibido instrucciones al respecto. Esa será la versión oficial: los Fulner sufrieron una alucinación.

—Pero…

—Siento tener que ser tan claro con usted, sargento, pero si repite una sola palabra de lo que le he confiado para aclarar sus dudas, sus días en la policía estarán contados, ¿comprende?

Summerfield asintió, desconcertado.

—¡La versión que daremos a los medios de comunicación será la siguiente: los Fulner inventaron la historia para rehuir su responsabilidad cuando provocaron accidentalmente un incendio en el bosque. Si dijésemos la verdad, el pánico cundiría en esta zona y tal vez en todo el estado de California y otras áreas del país.

—Comprendo —respondió el sargento—, ¿Qué debo hacer con los Fulner y la señorita Wells?

—Nada. Yo mismo les convenceré de que deben callar, por su propia seguridad. No habrá responsabilidad para ellos por el incendio de Sequoia-Kings, pero deberán callar. Al fin y al cabo, según me comunicó usted por teléfono, Dan Fulner confesó que había volcado la barbacoa al huir hacia su automóvil, ¿no es cierto?

—Sí.

—En tal caso, supongo que serán sensatos y callarán. Caso contrario, podríamos acusarles de haber incendiado el bosque.

—Por desgracia, eso no es todo, señor —interpuso Summerfield—. Los Fulner están aterrados. Piensan en la suerte que ha podido correr su compañero de excursión, el policía Robert Kingman. ¿Qué puedo decirles?

—Yo me encargaré de eso. Les diré la verdad: hidroaviones del Servicio Forestal Contra Incendios están luchando ya contra el fuego. En cuanto el incendio haya sido dominado, daremos la orden de que busquen a Robert Kingman.

Summerfield dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bien... Eso me tranquiliza. Porque Fulner parecía ir a volverse loco de un momento a otro.

Minutos después, el comisario Purdom se entrevistaba con los Fulner en una pieza reservada de la comisaría de Bishop.

Cuando terminó de hablar, apoyó una mano sobre el hombro de Dan Fulner y agregó amablemente:

—Y ahora, váyanse a dormir. Deben estar extenuados.

Dan y Elizabeth abandonaron el cuartel de policía.

Se sentían deprimidos e inquietos, pero les alegraba poder volver junto a sus hijos.

El comisario Purdom les había tranquilizado respecto a Glenda Wells: una enfermera cuidaría de ella constantemente.

Cuando salieron a la calle y subieron a su automóvil, una luz triste y grisácea comenzaba a insinuarse hacia el Este.

* * *

Había adelgazado mucho durante aquellos siete días. Tanto que todos sus vestidos le venían considerablemente anchos.

Se sentía triste, vacía. Pero Glenda sabía que debía imponerse a la desolación y al desánimo.

Los médicos habían dicho que Glenda se encontraba bien.

Pero ¿y aquella intensa inquietud que la asaltaba, que la dominaba día y noche?

Un policía llamado Purdom había acudido al hospital varias veces para visitarla.

—¿Dónde está? —preguntaba ella constantemente—. ¿Le han encontrado, cuándo le veré?

Sin embargo, Purdom no había podido darle una respuesta concreta todavía.

Se limitaba a manifestar:

—Tranquilícese, le encontrarán. Pronto vendrá a verla. Pero ahora, señorita Wells, debe descansar y recuperarse.

Los médicos habían estado observándola durante aquellos días. Le habían puesto docenas de inyecciones que relajaban sus músculos y adormecían sus ojos.

Las drogas relajantes ponían un sabor acre en su boca y entorpecían sus miembros.

Pero aquella calma física que Glenda experimentaba era artificial, ella lo comprendía.

Aquella mañana, cuando fue dada de alta en el hospital, Glenda se sintió repentinamente alegre y llena de euforia.

«¿Y si Bob estuviera esperándome a la puerta?», pensó, dichosa.

Ante el espejo del lavabo comprobó su delgadez, la palidez intensa de sus mejillas.

Se peinó con esmero. La delgadez no le preocupaba demasiado. Unas pocas semanas viendo diariamente a Bob Kingman y volvería a alcanzar su peso normal.

Incluso tarareaba en voz baja, muy animada, mientras se maquillaba levemente en el lavabo.

Pero cuando salió a la calle, Bob no estaba esperándola.

El desaliento se apoderó de ella inmediatamente.

Sin proponérselo, volvió a recordar la escena alucinante vivida en el bosque.

Había algo que la desquiciaba. ¿Por qué Bob no había huido con ellos, por qué no había atendido su desesperada llamada?

«Tal vez debí quedarme con él, pasase lo que pasase», se recriminó.

Mientras aguardaba a la puerta del hospital, esperando un taxi, se le ocurrió aquella inquietante idea.

—No es posible que *ellos* se lo hayan llevado —murmuró en voz alta.

El eco de su propia voz la obligó a estremecerse.

Con un esfuerzo de voluntad, Glenda intentó arrojar lejos de sí aquellos descabellados pensamientos.

Poco después tomaba el taxi y daba una dirección al conductor.

Una obsesión la dominaba en aquellos momentos: entrevistarse con el comisario Purdom.

SABER. Tenía que saber la verdad, fuera cual fuese.

—Soy Glenda Wells. Necesito hablar con el comisario Purdom.

Un policía la acompañó hasta el ascensor y la dejó en un ancho pasillo de la planta quinta.

Una jovencita la informó que el comisario Purdom no se encontraba en su despacho.

—¿Quiere esperarle? El comisario estará aquí dentro de una hora.

¡Qué remedio! No se marcharía sin arrancar la verdad al policía.

Le ofrecieron una silla en una sala enorme, donde algunos policías blancos y de color se afanaban ante sus teléfonos, emisoras, máquinas de escribir y aparatos de proceso de datos.

Se sintió observada por aquellos hombres. La miraban con admiración, desde luego. Porque era guapa, joven y mil veces atractiva.

Al cabo de algún tiempo comenzó a sentirse incómoda, inquieta, sumamente nerviosa.

Los minutos fueron transcurriendo con una lentitud exasperante.

«Bob, querido Bob», murmuraba, estremecida, en lo más profundo de su corazón.

Le parecía increíble haberse enamorado de aquel guapo y joven policía hasta el extremo de vivir obsesionada por su ausencia.

Pero así era, ¿Cómo olvidar sus caricias, su voz fuerte y cariñosa, sus sonrisas, su aroma a tabaco, su cortesía, su entusiasmo...?

Una puerta se abrió al final del pasillo. Era la del ascensor.

Glenda se puso en pie, impulsada por los nervios, y miró hacia allá.

¡Era Purdom!

El comisario se detuvo al reconocerla. E incluso se diría que estuvo a punto de dar la vuelta, de marcharse...

¿Por qué...?

Glenda corrió por el pasillo, a su encuentro.

¡Comisario Purdom! —gritó, con el corazón en la boca—. Tengo que hablar con usted. Ahora mismo, por favor.

—Estoy muy ocupado, señorita Wells. ¿No podría llamarme esta tarde? —respondió el hombre, evitando mirarla a los ojos.

—¡No, no, por favor! Llevo más de una hora esperándole. Serán sólo unos minutos, comisario. No puedo aguardar, tengo que saber...

Purdom no tuvo más remedio que aceptar. Pero no parecía sentirse muy cómodo.

Abrió la puerta, invitó a pasar a la señorita Wells, cerró a su espalda, le indicó un sillón y le ofreció un cigarrillo.

Glenda fumó con ansia, quizá buscando una salida de urgencia a sus tensos nervios.

Pero volvió a ponerse en pie en seguida.

—¡Hable, por favor! —suplicó—. ¿Qué se sabe de Bob? ¿Le... le han encontrado?

Purdom la miró, sombrío.

—Hubiera preferido mil veces no ser yo el que tuviera que darle la noticia, señorita Wells, pero ya que parece imposible retrasar este triste deber...

—¡Hable! —gritó ella, excitada.

—Tenga valor —dijo el policía, tomándola por un brazo—. Dos centenares de hombres, entre policías y vigilantes forestales, han estado buscando al señor Kingman durante ocho días. Por desgracia...

—¡No le han encontrado! —gimió Glenda, palidísima.

—No. Pero tampoco hemos encontrado su... cadáver. Compréndalo: una gran área del bosque quedó calcinada por completo. Por supuesto, Robert Kingman tuvo tiempo de huir de las llamas, a menos que...

—¿A menos que...?

—A menos que sufriera un accidente y le fuera imposible huir, correr, escapar...

Glenda se retorció las manos, desesperada.

—Imagino lo que quiere decir. ¡Piensa que *ellos* le capturaron! —exclamó, aterrada.

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere exactamente? —preguntó Purdom, simulando ignorancia.

—Usted lo sabe. Una brillante astronave descendió sobre la explanada en la que habíamos acampado. En todos nosotros se desató el espanto. Sólo Bob permaneció en el sitio en que se encontraba, inmóvil, impávido, como sugestionado..

Purdom sonrió, irónico.

—Vamos, vamos, señorita Wells... Creo que todos estamos excesivamente influenciados por ese aluvión de películas, novelas y seriales que tratan sobre los seres de otros mundos. Si le digo lo que pienso, creo que ninguno de ustedes vio ese OVNI. Fue, quizá, una alucinación. Habían nadado, corrido, bailado... Se encontraban débiles y tal vez bebieron un poco más de lo habitual... En tales circunstancias, es fácil...

A Purdom le sorprendió la vehemencia y la violencia que la joven puso en sus palabras:

—¡Está usted mintiendo a conciencia, señor Purdom! Y empiezo a adivinar por qué: pretenden desvirtuar los hechos para evitar que cunda el pánico, ¿no es cierto?

Purdom apagó su cigarrillo sobre el cenicero de crista!.

—*Y* sí así fuese..,, ¿no cree que nuestra postura estaría justificada? Se trata de conservar el orden público en interés de la nación. Afortunadamente, ninguna otra persona, a excepción de usted y los Fulner, vio ese OVNI. Créame, señorita Wells, debiera tomarse unas vacaciones y olvidarlo todo —aconsejó el policía, con tono afable.

—¿Debo olvidar también a Bob Kingman? —preguntó ella con ardor.

El policía se tomó unos segundos para responder.

Finalmente, carraspeó para aclararse la garganta y afirmó:

—Creo que ésa sería una decisión muy sensata, señorita. Un equipo de expertos ha recorrido la zona del bosque en que tuvo lugar el incendio. Buscaban cualquier indicio: una hebilla del cinturón de Kingman, unos gemelos, un reloj, una sortija, unos botones de metal..., pero no encontraron nada. Naturalmente, no es posible cribar las cenizas de millares de acres de bosque calcinado. Siento tener que ser crudo, señorita Wells, pero la versión oficial es ésta: Robert Kingman murió en el incendio y sus restos desaparecieron al quedar completamente calcinado su cadáver. Tenga valor... ¿Quiere que la acompañe a su casa?

Glenda apartó las manos de su rostro.

Purdom contempló, impresionado, sus facciones crispadas y el brillo húmedo de sus bellísimos ojos negros.

—Gracias, no es necesario —dijo en un susurro.

Pero en seguida su excitación creció y sus susurros se convirtieron en gritos.

—Así que quieren hacerme creer que Bob ha muerto, ¿no es eso? ¡Pues se equivocan, usted y todos los demás! No han encontrado ningún indicio de sus restos... ¿No es eso una prueba? Algo me dice en mi interior que Bob vive... ¡Lo siento aquí dentro, en mi corazón, en mi cerebro, en mis sentidos! ¡El vive!

Pasmado de asombro, Purdom permaneció inmóvil y silencioso, escuchando sus gritos desgarrados.

Luego, Glenda Wells se dirigió a la puerta con vivos pasos y desapareció.

Al fin, el comisario sacó otro cigarrillo, lo encendió, aspiró profundamente el humo, tratando, quizá, de recuperar su habitual serenidad, y se dejó caer en una silla, tras su mesa de despacho.

«Pobre señorita Wells, pobre muchacha —pensó—. Bob Kingman era un hombre afortunado por el solo hecho de poseer un amor tan apasionado y profundo como el que esa joven siente por él... Por desgracia, creo que la muerte de su novio la ha trastornado. ¡Ojalá consiga superar su tremenda crisis!»

Luego sacó una carpeta de documentos y se embebió en su trabajo.

CAPÍTULO III

Permanecía en pie, petrificado, con las piernas abiertas en compás.

El sudor resbalaba, copioso, desde la raíz de sus cabellos rubios, y corría en hilillos hasta empapar el cuerpo de su fino suéter deportivo.

El espanto se había desatado en su interior de una forma absoluta, salvaje, primitiva.

Ahora sí hubiera deseado huir con todas sus fuerzas, pero sus reflejos y sus músculos estaban tan embotados, que Bob se sentía incapaz de realizar el más leve movimiento.

«Puedo sufrir un infarto de miocardio ahora mismo», pensó, oyendo en su cerebro los alocados latidos de su corazón.

En sus ojos desorbitados se reflejaba la silueta de aquel disco azulado. Y en la superficie lisa y brillante, se abría aquel rectángulo irregular, más oscuro.

Paralizadas por completo sus facultades físicas, Bob Kingman divisó aquella silueta.

El pánico, sin embargo, no le impedía ver, contemplar aquel desconocido horror.

Seguía con sus pupilas cada uno de los lentos movimientos de AQUELLO.

Un pensamiento se concretó en su mente. Más que una simple idea, venía a ser la expresión de un temor animal, irrefrenable.

—¿Me... matarán, atentarán contra mí?

Ante él comenzaba a desvelarse LO DESCONOCIDO, aquello que tan desesperada e inútilmente habían perseguido los ejércitos y los Gobiernos de todos los países desarrollados de la Tierra.

Pero ¿era un ser humano lo que veía moverse en el rectángulo-abertura?

Lo parecía, hubo de confesarse.

Tenía dos extremidades inferiores y algo semejante a dos brazos.

E incluso una cabeza.

A contraluz de la fosforescencia rojizo-amarillenta que provenía del disco metálico posado en tierra, no era fácil precisar los detalles de la oscura silueta humanoide.

El SER —¿cómo llamarle: persona, animal, criatura, bestia...? — descendió por la superficie inclinada del borde del disco.

¡Y otro SER emergió del rectángulo-puerta y le siguió!

Bajaron de la nave con movimientos muy lentos, aunque precisos.

No portaban armas, no llevaban nada en sus largos y delgados brazos, terminados en delgadísimos dedos como tentáculos.

Entonces avanzaron unos pasos hacia el lugar donde estaba tumbada la barbacoa.

Bob se estremeció al saberse observado fijamente por unos ojos enormes y fosforescentes, semejantes a los de los prosimios[1].

—¡Ahora! —parecía susurrarle una voz dentro de su cerebro—. ¡Huye ahora! No esperes a que sea demasiado tarde... No intentes desvelar lo que ha permanecido en el misterio desde siempre para los humanos. ¿No temes a LO DESCONOCIDO? ¡¡HUYE!!

Bob movió una pierna. Fue todo lo que consiguió nacer.

Pero los dos seres que le contemplaban, inmóviles, no parecieron experimentar el menor temor.

¡Qué lentos y espaciados eran sus movimientos... a pesar de su aparente frágil aspecto!

Avanzaban uno detrás del otro, sin hacer un falso movimiento, pero con una lentitud tan exasperante que Bob imaginó que estaba asistiendo a la proyección de un filme pasado a cámara lenta.

¿Venían a por él, iban a atraparle?

A pesar de que el espanto le dominaba, Bob siguió mirándoles con indescriptible curiosidad.

¡Si alguna vez pudiera contar lo que estaba viendo...!

Las dos criaturas que se movían hacia el centro de la explanada eran de bajá estatura, como de un metro y medio de altos, delgados, febles…, sin vestimenta de ninguna clase.

Carecían de vello y su piel era de un color pardo claro.

Los ojos, enormes y fosforescentes, amarillos, ocupaban una parte considerable de lo que pudiera llamarse rostro.

Tenían unas pequeñas prominencias sobre el cráneo —como diminutas orejas—y su nariz era prominente, násica.

De repente, uno de ellos exhaló un chillido gutural y cayó al suelo.

Bob sentía tanta curiosidad que incluso fue capaz de avanzar unos pasos. ¿Qué le ocurría a la extraña criatura?

Se detuvo, indeciso.

En el suelo, aquel ser movía las extremidades inferiores de forma espasmódica y convulsiva y sus fauces se abrían y cerraban, exhalando algo que recordaba un gemido.

La otra criatura se inclinó sobre el caído, le observó impávido y luego volvió lentamente hacia el OVNI.

Bob aguardó, clavado en el suelo, hasta que la figura humanoide volvió a descender a tierra.

Los párpados, casi transparentes, se habían cerrado sobre los enormes ojos redondos.

«Ha debido sufrir un accidente, o tal vez se encuentre enfermo», pensó Kingman.

Entretanto, el fuego había ido tomando un incremento espectacular.

La brisa nocturna avivaba las llamas y facilitaba la propagación del fuego, de forma que el bosque entero ardía ya en un círculo ígneo que rodeaba la explanada.

Fue entonces cuando la segunda criatura llegó junto al caído.

Llevaba en sus manos, provistas de ocho tentáculos tan finos y delicados como dedos humanos, una esfera metálica, dorada, que

aplicó al caído sobre su escuálido pecho.

Inmediatamente, la criatura que estaba en el suelo pareció tomar vida. Abrió los grandes ojos, movió las manos y apoyándolas en tierra en un escorzo inverosímil, se puso en pie.

Bob se encontraba muy cerca de ellos, apenas a diez metros de distancia.

Entonces los dos seres se volvieron y le miraron sin parpadear. Bob Oyó, pasmado, aquellos sonidos sincopados que las dos criaturas intercambiaban entre sí.

¿Estaban comunicándose algo, era una… conversación? Y en cualquier caso, ¿se referían a él?

Bob vio que ellos se ponían en marcha hacia él, con aquella lentitud de movimientos tan característica y extraña.

El sudor empapaba ya todo el cuerpo de Kingman. No sólo como consecuencia del calor tórrido que procedía del bosque en llamas. Era sobre todo el terror lo que le obligaba a sudar de aquella manera.

«¡Vienen a por mí! —pensó—. Debo defenderme.»

Pero, ¿cómo?

Si al menos hubiera traído su revólver… Pero no: le había parecido ridículo llevar su arma a una excursión tan pacífica.

Las dos criaturas de otro mundo cruzaron junto a él sin tocarle, contra todo pronóstico.

¿Cuál era su destino?

Kingman lo comprobó instantes después: los humanoides pisaban sobre las brasas aún encendidas de la barbacoa sin demostrar dolor y buscaban en el suelo.

Parecían muy excitados. Uno de ellos se alzó con un pedazo de carne quemada que deglutió rápidamente, produciendo una serie de sonidos guturales ininteligibles.

Pronto, aquellos dos humanoides comenzaron a pelear por la carne. Uno encontraba un pedazo, el otro se a arrebataba de un velocísimo zarpazo y la engullía sin transición.

Impávido, Bob asistió al insólito festín de los humanoides.

Las dos criaturas devoraban la carne, al parecer sin molestarse siquiera en masticarla.

En pocos minutos, las dos criaturas habían consumido toda la carne que estaba reservada a alimentar a cuatro personas adultas y dos muchachos.

Bob les vio pasar sus largos dedos-tentáculos sobre el polvo, como si buscasen más alimento todavía.

Al fin, debieron comprender que ya no encontrarían más pitanza.

Entonces se volvieron a Kingman y se aproximaron a él.

Bob les observó con una mezcla de repulsión y curiosidad. Y cuando uno de ellos le tomó por una mano y le mordió con saña, Bob dejó escapar un alarido de terror y dio un tirón salvaje que derribó a la criatura.

Miró su mano. La sangre escapaba abundante de aquella herida recta, poco profunda.

Ya se disponía a defenderse como fuera, cuando dela astronave, situada a unos treinta metros, comenzó a brotar una creciente luminosidad que brillaba intermitentemente.

Ocurrió entonces algo que dejó petrificado a Kingman: ¡Las dos criaturas cambiaron de color!

No fue una mutación cromática parcial, sino total. Su piel, de color pardo claro, se volvió casi roja.

Uno de ellos miró al suelo como si buscase algo. Kingman comprobó, de sorpresa en sorpresa, que el humanoide había tomado en sus dedos un pedazo de madera puntiaguda y marcaba sobre el polvo unos signos.

Kingman avanzó unos pasos y miró el suelo. A la potente luz de las llamas, leyó las dos palabras claramente trazadas sobre el polvo: «FOLLOW ME».[2]

Luego los dos seres se dirigieron con pasos lentos hacia el disco metálico.

Bob quedó desconcertado.

Aquellos que veía alejarse eran unas criaturas inteligentes, acababa de comprobarlo.

Y le invitaban a subir a la astronave...

De improviso, Kingman dio media vuelta y corrió con todas sus fuerzas en sentido contrario.

Miraba de vez en cuando atrás, temeroso de que las criaturas extraterrestres le siguieran.

Pero no: los humanoides seguían avanzando despacio hacia la astronave.

Entonces, Bob tuvo que frenar en seco. ¿Cómo podría atravesar el bosque en llamas, los altísimos árboles convertidos en imponente brasero?

El calor quemaba sus facciones y rápidamente secaba sus ropas empapadas en sudor.

A pesar de ello, Kingman siguió corriendo al límite del bosque, buscando, ansioso, un claro a través del cual escapar.

Pero no lo encontró. El bosque entero, a excepción de la explanada donde se encontraba el OVNI, ardía ya.

Jadeante, se detuvo bajo un colosal pino de California, en cuyas altas ramas brillaban ya las llamas.

—No quiero subir a ese diabólico aparato volador, ¡NO QUIERO DESVELAR MAS SECRETOS! —gritó, espantado.

Arriba se oyó un crujido. Un alud de chispas ígneas se elevó al firmamento.

Ya alzaba Bob los ojos, cuando la gruesa rama desprendida de lo alto le golpeó en el cráneo y le derribó en tierra, desvanecido.

Un momento después, las llamas de aquella rama ardiendo comenzaban a prender en sus pantalones.

CAPÍTULO IV

Los Fulner la habían visitado muchas veces, pero finalmente optaron por ir espaciando sus visitas.

—Debes olvidar, Glenda. Por tu bien. Si sigues recordando a Bob con tanta desesperación, llegarás a enfermar seriamente —solía aconsejarle Elizabeth Fulner.

—No puedo olvidar, ¡no puedo! —gemía la joven, oprimiéndose las sienes con los dedos—. No voy a rendirme: sé que él vive. *Lo sé.*

Más tarde, los Fulner le insinuaron, con afecto y discreción, que debía ponerse en manos de un psiquiatra.

Es decir: pensaban que Glenda tenía perturbadas sus facultades mentales, que estaba loca.

Incluso la propia Glenda había llegado a preguntarse en varias ocasiones si los Fulner no tendrían razón.

—No estoy desquiciada —se repetía para tranquilizarse.

Lo cierto era, sin embargo, que vivía en una perpetua inquietud, en una constante ansiedad.

No sabía con exactitud qué era lo que aguardaba. Pero estaba segura de que *algo tendría que ocurrir… pronto.*

—Es una locura, una locura. ¡Debes convencerte de que Bob está muerto, convertido en cenizas! Sólo así conseguirás volver a ser tú y a tomar interés por la vida —dijo en una ocasión Dan, tratando de convencerla de que era suicida su obsesión por aferrarse al recuerdo de un muerto.

—¡¡No!! —gritó Glenda en un alarido espeluznante—. Yo sé que está vivo, aunque… ignore dónde se encuentra ahora!

Los Fulner huyeron, aterrados.

—Está loca, loca, loca de atar —comentó Dan, preocupado—. ¡Pobrecilla, su impresión fue tan intensa que no pudo resistir el trauma…!

Hacia primeros de setiembre, Glenda tomó su automóvil y viajó hacia el Parque Nacional Sequoia-Kings.

No había vuelto al trabajo, a su empleo como profesora de la escuela secundaria de San Bernardino.

Poseía algunos ahorros, unos miles de dólares… Por lo demás, Glenda no se preocupaba mucho por su porvenir.

Era su presente lo que la obsesionaba y nadie podría sacarla de aquel círculo desquiciado en que se encontraba.

Cuando penetró en el parque, Glenda se sentía bajo el peso de una gran opresión.

Atravesó los verdes bosques, rodó a lo largo de los caminos, bordeó el bellísimo lago y cruzó la amplia zona devastada por el fuego casi un mes atrás.

Al fin, se detuvo en la explanada. El lugar era fácilmente reconocible, puesto que se trataba de la única zona, en aquel área, no cubierta por las cenizas o por los troncos carbonizados.

No buscaba el convencerse a sí misma de que Bob Kingman había muerto abrasado. Nada más lejos de su ánimo.

Por eso no buscó en aquella zona desolada ni se movió un milímetro del llano.

Una tristeza sin fin la asaltó al considerar que la belleza de aquel recoleto rincón del bosque había sido totalmente destruida por el fuego.

La desolación calcinada que la rodeaba parecía un oscuro presagio deletéreo, amenazador.

Fumó nerviosa un cigarrillo, tratando de calmarse. Luego calculó la situación de aquel lugar, rodeado de arbustos, en el que Bob la había besado apasionadamente aquella noche...

Un remolino de viento se alzó entre las cenizas, elevó una tolvanera de pavesas que cayó sobre ella.

Glenda se estremeció de frío, de espanto y de soledad.

Luego volvió al coche y aguardó dentro de él hasta que las sombras de la noche se apoderaron del lugar.

De una forma remota, Glenda esperaba —ansiaba, mejor—, que algo extraño y misterioso ocurriera allí mismo.

Pero transcurrieron las horas, llegó la madrugada... y nada sucedió.

A partir de aquel día, Glenda visitaba aquel lugar todas las tardes.

Para ello, hubo de abandonar u cómodo apartamento de San Bernardino y alquilar la cabina de un motel situado en la carretera a Bishop, lo que apenas le suponía una hora en automóvil hasta el centro del Parque Nacional.

Cada atardecer se sentaba tras el volante y conducía a través de los solitarios caminos hasta detenerse en la explanada.

Su persona se hizo pronto conocida a los vigilantes forestales. Quizá aquellos guardas se preguntasen, intrigados, por qué aquella hermosa mujer demostraba un interés tan morboso por la tétrica zona calcinada.

Nadie pasaba por allí. De cuando en cuando, un lagarto enorme corría entre las cenizas, dejando como rastro una línea formada por nubecillas de pavesas, Nada más.

Una tarde, Glenda escuchó el rumor del escape de un automóvil.

Inmediatamente se puso rígida: odiaba a cualquier persona que se acercase a romper su aislamiento.

Poco después un *jeep* del servicio del parque se detenía junto a su automóvil.

Dos hombres se acercaron a ella. Uno llevaba el uniforme habitual de los vigilantes. El otro tenía los cabellos canosos y vestía ropas civiles de excelente calidad.

—¿Señorita Glenda Wells? —preguntó el vigilante, observándola con suspicacia— Este caballero es el doctor Alexander Morton.

—Muy bien —respondió ella, fría y distanciante—. .. Qué les trae aquí?

El doctor Morton se aproximó.

Era un hombre de irnos cincuenta años, facciones nobles y tez muy morena, que inspiraba confianza.

De todas formas, Glenda le observó desconfiada.

—Señorita Wells, le ruego que nos acompañe. Se traía de un trámite sin importancia —dijo Morton con voz reposada.

—No voy a acompañarles. ¡Usted, no se acerque, no toque mi coche! —gritó, al advertir que el vigilante rodeaba el automóvil—. ¡Vamos, aléjense! ¿Por qué no se marchan?

—Cálmese, por favor —dijo el médico, preocupado—. Le diré la verdad: sus amigos, los Fulner, se han interesado por usted. A ellos se debe que haya venido hasta aquí. Soy médico psiquiatra.

—¡¡No!! —gritó la mujer. Y abriendo la portezuela, derribó a Morton y trató de escapar.

No lo consiguió, por supuesto.

La alcanzaron poco después, sucia, rendida y jadeante.

Fue muy desagradable, incluso para el doctor Morían, pues se vieron obligados a emplear una camisa de fuerza para reducirla, ya que sus nervios se habían desalado en un paroxismo terrible.

Aquella misma noche, Glenda Wells fue internada en un sanatorio psiquiátrico.

¿Los motivos?

Los vigilantes la habían oído hablar en voz alta… consigo misma.

A altas horas de la noche, en la desolada extensión solitaria y calcinada, Glenda se pasaba las horas llorando y gritando.

¿A quién llamaba?

Según los vigilantes, a una persona que se llamaba Bob, al que invocaba constantemente en la explanada.

Glenda Wells se había vuelto loca. Era un deber de humanidad internarla en un manicomio.

CAPÍTULO V

Kingman abrió los párpados lentamente.

Lo hacía así con la absurda esperanza de descubrir, al abrir los ojos, que le rodeaba la conocida decoración de su apartamento de soltero en Berkeley Road o él ruidoso y convencional de la Sección Antiatracos.

Abrió los ojos, pues, y suspiró, complacido.

La luz era tenue, espectral, suave e indirecta. No hirió sus ojos.

Entonces alguien se movió junto a él.

Bob parpadeó. Ante él tenía un rostro pálido, nacarado, tan terso, fino y suave como una pieza de porcelana.

Pero no era porcelana, sino piel cálida y vibrante, según pudo comprobar elevando una mano y rozando aquellas facciones.

Era un rostro de mujer extraño y hermoso, de exóticas líneas, orlado por unos cabellos fuertes y rojos. Tan brillantes que Bob pensó que eran metálicos,

También los ojos eran grandes, rasgados y bellos, de un color rosa pálido muy raro.

Al contacto de sus dedos, Kingman vio que los labios eran de un color pálido y se distendían.

—¿En qué hospital estoy?

Había hecho la pregunta con gran ansiedad, incorporándose sobre los codos con tal ligereza que materialmente se elevó sobre el lecho.

La mujer le miró con indefinible expresión.

Cerró los ojos y unió las finísimas y perfectas manos —de cinco dedos, según observó el hombre—, como as tuviese sometiéndose a una profunda y completa concentración.

Solo entonces, al bajar los ojos, descubrió Kingman que aquella exótica mujer estaba completamente desnuda.

Su descubrimiento le obligó a lanzar un alarido, mezcla de sorpresa, de admiración y de miedo.

Sin proponérselo, sus ojos volvieron a resbalar sobre el cuerpo femenino, lechoso y perfecto.

Luego, Kingman desvió la mirada, completamente aturdido.

—¡Dígame! —murmuró—. ¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? ¿Por qué permanece... desnuda?

Las preguntas brotaban de sus labios como un torrente tenso e inagotable.

No habiendo obtenido respuesta, pues la mujer continuaba en aquella profunda actitud de meditación, los ojos de Kingman recorrieron ávidos la habitación.

La luz era muy suave, de un tono anaranjado, muy difusa, y brotaba de todas partes.

Aquello no era la habitación de un hospital, era evidente.

El lecho era una simple masa algodonosa sobre el suelo, pero de un finísimo tacto-esponjoso.

Y las paredes, el techo abovedado, el piso… ¡todo era igual!

Muros cristalizados, sin pulir, a través de los cuales *se* filtraba la luz.

Paredes transparentes, traslúcidas, en las que, a treteros, podía observarse una concreción más oscura, amarilla, dorada. Paredes que ascendían desde el piso hasta formar una bóveda de regular altura. En el suelo había fragmentos de aquel cristal, tan puro como piedra preciosa.

Sin poderlo evitar, sus manos aferraron los hombros de la mujer, y sus dedos apretaron y zarandearon con violencia.

—Por qué no responde ¡Hable de una maldita vez! ¿Dónde… dónde estoy? —gritó, desesperado.

La mujer crispó sus facciones en un rictus de dolor y abrió los ojos.

—Tú… estás… en Arx —pronunció con gran dificultad, aunque en un inglés claro y fácilmente inteligible.

Kingman se elevó de un brinco.

—¿Arx? ¿Qué diablos es Arx? —preguntó, desconcertado—. ¿Una ciudad, un país…, un manicomio?

La mujer le miró con un gesto de extrañeza.

—Ciudad, país… —murmuró con aquella extraña pronunciación sincopada—. No…, Arx: satélite… Constelación Orión… Sol Bellatrix. Arx: satélite planeta Kroon

Bob la miró fijamente, con una atención desesperada.

¡Qué extrañas sonaban las palabras inglesas en aquellos labios de un rosa pálido...!

En una fracción de segundo, Kingman comprenda que la mujer no mentía.

Porque la misma mujer... era un ser extraterrestre.

Bastaba mirar sus ojos, extraordinariamente transparente, de color rojo claro, como el vino rosado, tan brillantes y bellos.

Lo decían también sus cabellos, espesos, rojos y tan fuertes como alambres.

Y el color lechoso de su piel nacarada, de bella transparencia. Y las diminutas e increíbles orejas, casi escondidas entre el cabello.

Aparte de aquellas diferencias, tan misteriosas, era una mujer de indescriptible belleza, magnéticamente atractiva, maravillosa...

Kingman sintió que sus propios cabellos rubios se erizaban.

Pensó... Recordó el OVNI, el descenso de las dos extrañas criaturas, el incendio del bosque...

Una gran depresión anímica le asaltó. Y deseó fervientemente seguir en la inconsciencia del sueño, continuar ignorando la terrible verdad.

Poco a poco, bajo la serena mirada de aquella mujer de cabellos rojos, Bob fue tranquilizándose.

Y luego comenzó a hacer algunos descubrimientos: la mano izquierda le dolía ¿No era la que le había mordido uno de los humanoides?

La alzó y la miró: había una herida, una cicatriz que ataba cerrándose progresivamente.

Había hecho otro espectacular descubrimiento: sus movimientos eran extraordinariamente ligeros y fáciles. Apenas necesitaba hacer esfuerzo para moverse.

¿Tanto había adelgazado?

Se palpó, estupefacto. Y comprobó que su pantalón y su suéter seguían conservando el ajuste acostumbrado.

No cabía más solución que admitir que en Arx, aquel remoto satélite del planeta Kroon, la gravedad era mucho menor que en la Tierra.

«¡Claro! —pensó—. Esa es la explicación de que los humanoides se moviesen en la explanada con tanta lentitud. .. ¡Estaban habituados a una menor fuerza gravitatoria!»

Aquel descubrimiento excitó poderosamente su curiosidad. Y con ello fue serenándose un tanto.

La mujer no parecía demostrar hostilidad alguna contra él. ¿Podía confiar en aquella salvaje desnuda?

Pensaba y pensaba, sin tregua.

¿Por qué le habían transportado a Arx? Kingman no era un experto en Astronomía, pero le sonaban nombres como el de la constelación de Orión o la estrella Bellatrix, uno de los soles de aquella nebulosa.

Los latidos de su corazón aumentaron de ritmo al comprender que se encontraba a una distancia casi inconcebible de la Tierra.

—¡Arx! —exclamó, luchando entre la curiosidad y el terror—. ¿Quieres decir que nos encontramos en un satélite del planeta Kroon?

—Sí —respondió la mujer.

Bob hizo un esfuerzo para poner en orden los pensamientos e ideas que acudían tumultuosamente a su mente.

—Veamos —dijo—, ¿Por qué me trajeron aquí…? Quién eres tú…?

La mujer se apretó la garganta. Se diría que se sentía angustiada por alguna extraña razón.

—No puedo hablar mucho —dijo, jadeante—. Mis cuerdas vocales… están… atrofiadas.

—¡Atrofiadas! —se asombró Kingman—. ¿Por qué?

—Nosotros no… necesitamos hablar… Nos comunicamos… ¿cómo? —La mujer parecía buscar una palabra en su memoria—. Por telepatía.

Por telepatía…

Aquélla era la explicación, quizá, para justificar sus orejas tan pequeñas, casi atrofiadas; si tenían la facultad de hacerse entender telepáticamente, tampoco necesitaban oír a los demás.

—Por favor, por favor —suplicó Kingman—. Sólo unas palabras más, usa aclaración. Contesta a mis preguntas.

Ponía toda su voluntad en no mirar el desnudo cuerpo femenino, tan distinto y tan semejante al de cualquier mujer de la Tierra.

A veces, sin embargo, sus miradas se escapaban y Kingman se sentía trastornado e inseguro.

—¿Por qué me trajeron aquí? —preguntó—. ¿Por qué me llevaron al… OVNI?

—Los kuhllas… —dijo la mujer— te trajeron aquí… porque creyeron… que eras… comida.

CAPÍTULO VI

Elizabeth se sentía muy nerviosa.

—Por favor, deja de pasear un momento —dijo Dan, que ocupaba un sillón en la sala de espera.

—¿Por qué tarda tanto ese doctor Waynes? Sólo hay una explicación: tal vez..., tal vez...

—¿Qué?

—No me atrevo a explicar mis pensamientos con palabras, pero durante estos días he temido que Glenda... hubiera muerto.

Dan Fulner se alzó, excitado.

—¿No puedes decir más que tonterías? Sabes de sobra que no es así. Glenda está bien. Naturalmente, sigue sometida a tratamiento, He oído hablar del doctor Waynes: tiene una excelente reputación como psiquiatra y ha logrado recuperaciones casi milagrosas.

Elizabeth iba a decir algo cuando el doctor Harry Waynes penetró en la sala.

Dan le observó con un cierto recelo. Porque Waynes era un hombre de unos treinta y cinco años, de elevada estatura, atlético, elegante y muy atractivo.

—Los señores Fulner, supongo —dijo Waynes, tendiéndoles la mano—. Soy Waynes —se presentó con sencillez—. Pero siéntense.

Elizabeth le miró, muy complacida, lo que provocó una venenosa mirada por parte de su esposo.

Se sentaron.

Waynes tenía unos modales muy precisos y distinguidos y su tono de voz, grave y bien timbrada, era muy agradable al oído,

—Discúlpenme —se excusó—. No pude venir antes. Me dirigía hacia aquí, cuando uno de mis pacientes se sintió mal. Bien. Supongo que estarán ansiosos por recibir noticias de la señorita Wells.

—Acierta —asintió Dan, con cierta sequedad.

—Lamento no poder decirles que su amiga esté absolutamente recuperada. En lo físico parece haberse recuperado totalmente, pero no así en lo mental. De todas formas, es aún pronto para hacer una declaración definitiva respecto a sus posibilidades de curación.

Elizabeth tragó saliva. Su esposo, cruzó y descruzó las piernas, muy nervioso.

—Y, dígame, doctor Waynes…, ¿podemos saber en qué se basa para asegurar que Glenda no ha mejorado? —preguntó Fulner, al fin.

El médico carraspeó. Parecía algo violento e incómodo, por vez primera.

—Creo que sí. Al fin y al cabo, la señorita Wells no tiene familiares. Sólo ustedes se interesan realmente por ella…

—Es cierto —le interrumpió Elizabeth, muy impaciente—. Pero cuando le telefoneé por última vez, aseguró usted, doctor Waynes, que Glenda había dejado de mostrarse inquieta, que mantenía una actitud muy serena y razonable.

—Y así es, en efecto. Pero apenas habla y contesta siempre con monosílabos. Ello no me hubiera preocupado mucho, puesto que en la curación de las enfermedades mentales hay siempre una transición, una etapa que pudiéramos llamar de reajuste: viene a ser la línea que separa la demencia de la cordura.

—Ha dicho que «ello no le hubiera preocupado mucho» —exclamó Dan, preocupado—. ¿Es que existen otros motivos inquietantes?

Waynes se tomó unos segundos para responder. Apoyados los índices en el entrecejo, en actitud meditativa, contestó:

—Por desgracia, sí. La enfermera diplomada que la cuida constantemente me llamó hace un par de noches. Parecía muy nerviosa y aseguró que la señorita Wells había vuelto a entrar en una etapa de gran excitación…

Según Waynes, había salido de casa en seguida y se sabía trasladado al centro psiquiátrico.

—Yo mismo la oí: permanecía como en éxtasis y exclamaba: «Bob, Bob, te estoy oyendo, puedo penetrar en tus pensamientos. Contéstame, di, al menos, una palabra. ¡Quiero saber dónde te encuentras!» Luego calló y parecía escuchar muy atenta.

Al parecer, Glenda pronunciaba frases perfectamente lucidas…, excepto si se consideraba que aquella «conversación» suya era mantenida con un… muerto.

—Desde entonces, cada atardecer, la señorita Wells entra en algo semejante a un trance. Mantiene su conversación con… «Bob» y

su rostro se transfigura. Me tiene preocupado, debo reconocerlo, porque en su trance, sus facciones se colorean y sus ojos se animan. En fin, es lamentable, pero tendré que disponer un nuevo tratamiento.

Los Fulner le habían escuchado con todo interés.

Luego, Waynes les animó a volver al sanatorio, y al mismo tiempo les hizo ver la conveniencia de no visitar a Glenda.

—Créanlo, ustedes pasarían un mal rato al comprobar que la señorita Wells ni siquiera les reconoce. Las visitas, por otra parte, no producen ningún bien a la paciente. Quizá más adelante…

Wayne les despidió con gran cortesía y los Fulner abandonaron el centro, embargados por la tristeza.

En silencio, buscaron la zona de estacionamiento, subieron a su automóvil y se alejaron.

AL cabo de algunos minutos, Elizabeth se rebulló, inquieta, en su asiento.

Dan la conocía lo suficiente para comprender que ella estaba pensando algo sorprendente y descabellado.

—Vamos, dilo ya. Me estás poniendo nervioso —exclamó—. ¿Qué es lo que te inquieta, Beth?

—Estoy pensando… Dan, tú sabes que Glenda es profesora de Psicología en una escuela secundaria de San Bernardino.

—Claro.

—Y también sabemos, porque ella siempre hablaba del dichoso tema, que le apasionaban los fenómenos parapsicológicos y la telepatía, en los que era una aficionada muy experta.

—¿Y qué tiene que ver…? —preguntó Dan, comenzando a experimentar un desagradable cosquilleo en el estómago.

—No lo sé… —respondió su esposa, con la vista perdida en un punto indefinido, más allá del parabrisas—. Recuerdo que Glenda, antes de conocer a Bob Kingman, era muy aficionada a concurrir a todos esos simposios donde se realizan experimentos de comunicación mental a distancia.

—Sí. Pero ¿adónde vas a parar?

—Sencillamente —susurró Elizabeth, dejando escapar un suspiro —. Imagínate que esas «conversaciones» de Glenda, de las que nos ha hablado el doctor Waynes, no fueran simplemente una muestra de su locura. Imagina por un momento *que su conversación fuera real, es decir, telepática*... ¿Qué podrías deducir de ello?

Fulner brincó sobre el asiento y se volvió fugazmente a mirar a su esposa.

—¿Qué diablos podría deducir? —gritó, molesto—. Nada, absolutamente nada. Pero dilo tú, ya que pareces saberlo todo, aprendiza de bruja.

—Pues bien: ello querría decir *que Bob está., vivo,* en algún lugar desconocido y remoto —murmuró Elizabeth.

Fulner pronunció una palabrota poco usual en él, de ordinario amable y educado.

Luego miró a su esposa y la señaló con un dedo.

—¿Sabes qué es lo que deduzco, en verdad? —estalló—, Es muy fácil. La locura la produce un virus. Y tú te has contagiado en el sanatorio..., ¡estás rematadamente loca!

Pero Elizabeth no dijo nada. Se sentía demasiado aterrada para tomar a broma su presentimiento.

CAPÍTULO VII

Kingman se atragantó.

—¡Comida! —exclamó, aterrado—. Los kuhllas, esos humanoides repelentes, pensaban que yo era... simplemente comida.

Tan intenso era su desconcierto, su sorpresa y su pavor, que por unos minutos permaneció en silencio.

—Así que esos... kuhllas pretendían devorarme, ¿es cierto? —preguntó a la mujer, luego.

—Sí. En Arx no hay... comida. Tenemos alimentos concentrados, vitaminas y complejos proteínicos poderosos... en comprimidos. Pero esos alimentos no tienen sabor. Los míos..., mis semejantes..., no han olvidado el sabor y el aroma... de los verdaderos... alimentos. Los kuhllas probaron algo de exquisito sabor cuando una de nuestras naves tomó tierra. Anteriormente, en diversas ocasiones, también habían cazado y... devorado algunos animales. Y creyeron que tú eras... uno de ellos. Por eso... uno de los kuhllas te mordió. Fui yo, Grin-Beel, hija de Mock-Beel, el Gran Protector de los kroonech o antiguos habitantes de Kroon, quien... les transmitió mediantes señales luminosas la orden de que debían... dejarte vivo.

—Esos kuhllas —dijo Kingman, con infinita curiosidad—, ¿son humanos... inteligentes?

Una especie de sonrisa distendió las exóticas facciones de la bellísima Grin-Beel.

—Los kuhllas... son inteligentes, pero.., inferiores a nosotros. Carecen de voluntad... Les utilizamos en nuestras exploraciones espaciales...

—Ya ,. —murmuró Bob, maravillado.

Su cerebro, sin embargo, era incapaz de asimilar tantas cosas nuevas y desconcertantes en tan escaso tiempo.

¡Tenía tantas preguntas que hacer todavía...! Si la curiosidad no le dominase, probablemente el horror le hubiera aniquilado o enloquecido, pero la verdad es que no sentía verdadero miedo.

Ya se disponía a preguntar de nuevo, cuando Grin-Beel, la hermosa mujer kroonech de cabellos rojos, dijo:

—Ven. Sígueme.

Kingman se puso en pie con sorprendente facilidad y la siguió, cruzó la puerta redondeada —única salida practicable a la vista— y caminó en pos de ella, tan ingrávido que podía saltar varios metros sin el menor esfuerzo.

Avanzaron por un pasillo de cristal de roca traslúcido, prodigiosamente recto y largo, hasta una espaciosa nave ocupada por insólitas máquinas de metal azulado y desconocido diseño.

Grin-Beel se detuvo ante una gran esfera metálica.

Una puerta redonda como un «ojo de buey» de los barcos se abrió por sí sola. ¿O la había abierto la mujer mediante algún desconocido procedimiento?

El «ojo de buey» tendría un metro de diámetro. Dentro debía existir la más absoluta oscuridad, puesto que Kingman no consiguió ver nada.

—Entra ahí —ordenó Grin-Beel, esforzándose en pronunciar las dos palabras.

Bob retrocedió dos pasos, desconfiado.

—No entraré antes de que me expliques lo que te propones —denegó.

Un leve gesto de impaciencia deformó fugazmente las facciones de la mujer kroonech.

—¿Qué temes, hombre de la Tierra? Yo… te salvé… la vida —Grin-Beel se expresaba con más dificultad a cada momento —. Impedí que… los kuhllas te devoraran. Te desnudé cuando estabas… inconsciente. Pude matarte… entonces… si hubiese querido. Tú… estabas indefenso.

Kingman dio un respingo y enrojeció como un colegial.

Bob estaba acostumbrado a ver y a oír muchas cosas escandalosas a lo largo de sus años de servicio en la policía, pero saber ahora que aquella mujer le había desnudado mientras dormía…

—¿Me desnudaste? —preguntó, profundamente alarmado—. ¿Con qué… fin?

—Eres… muy semejante… a nosotros —la voz de la mujer

kroonech se iba debilitando cada vez más—. Pero no sabía… si eras hombre… o mujer. Debía… comprobarlo. Y lo comprobé. Ahora… entra. Ya no podré hablar más. Mi garganta… se está… inflamando. Mi voz.,, se debilita.

Temeroso, pero decidido ya, Kingman penetró a través de la abertura circular de la enorme esfera.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Kingman perdió el conocimiento.

No pudo calcular el tiempo transcurrido antes de que volviera a la vida consciente.

Abrió los ojos y vio el círculo luminoso.

—¡SAL…! ¡Sal…, sal ya! —resonó la orden de Grin-Beel en su cerebro.

¿Qué estaba ocurriendo? Debía ser una orden telepática, puesto que no se había producido el menor rumor que pudiera ser captado por sus oídos.

Salió, con torpeza, palpando en la oscuridad las paredes curvadas de la esfera azulada.

—¿Qué ha ocurrido? —pronunciaron sus labios al ver a la mujer, que le aguardaba.

—No es necesario ya que hables —llegaron las señales telepáticas, procedentes del cerebro de la mujer—. Sólo debes concentrarte mentalmente. Yo descifraré fácilmente tus pensamientos.

Kingman cerró los ojos.

Inmediatamente una pregunta se concretó en su cerebro.

—¿Qué sucedió ahí dentro?

Las ondas mentales de Grin-Beel llegaron con claridad increíble.

—Esa esfera es una máquina que permite realizar cambios moleculares en cualquier cerebro. El tuyo ha sido dispuesto para que puedas comunicarte con nosotros mediante la telepatía.

Kingman se sintió maravillado.

¿Era posible que él, un simple mortal, hubiera recibido en pocos minutos un don tan prodigioso, una facultad que jamás había sido conocida ni utilizada en profundidad por los habitantes de la Tierra?

Mecánicamente, consultó su reloj de pulsera. Era la primera vez que lo hacía y comprobó que las agujas se habían detenido. Marcaban las diez.

Pero, ¿no era aquélla la hora aproximada en que el OVNI descendió sobre la explanada, del bosque?

El reloj no parecía estropeado. Pero a pesar de que lo movió varias veces con el fin de que el mecanismo automático recuperara la cuerda, las agujas no se movieron.

Grin-Beel debió advertir su estupefacción,, porque le transmitió inmediatamente:

—No has pasado unos minutos en esa máquina esférica, hombre de la Tierra. Han transcurrido diez días de Arx desde que penetraste en la esfera,

Kingman quedó muy impresionado.

—Y, dime, ¿cuánto tiempo... hace que me encuentro entre.. vosotros, Grin-Beel? —quiso saber.

—Trescientos días de Arx... Unos sesenta días de tu planeta —respondió ella.

—¿Y he pasado todo ese tiempo sin ingerir alimentos? Yo no recuerdo haber comido...

—Yo te alimenté con comprimidos durante tu sueño. Y ahora ven conmigo, hombre de la Tierra.

Kingman caminó en pos de ella, a lo largo del pasadizo que había seguido para llegar a la impresionante sala de máquinas.

Debía frenar la fuerza de sus músculos si no quería volar literalmente por el aire, tan escasa era la fuerza de gravedad en Arx.

Grin-Beel, por el contrario, caminaba delante, moviendo graciosamente sus perfectas y redondeadas caderas.

Entonces Bob comprendió que estaba deseando intensamente a aquella hermosa mujer, que no podía evitar el potente atractivo que

emanaba de aquel bello cuerpo desnudo.

Trató de alejar sus pensamientos, sus deseos…, que no había provocado de forma consciente.

Entonces ella se detuvo y mostró una abertura en el cristal de roca, de la altura de Kingman, aproximadamente.

—Entra —pidió Grin-Beel.

—¿Adonde me llevas? ¿Qué es esto? —preguntó el hombre, inquieto.

—Es mi habitación. Ningún hombre puede penetrar en ella contra mi voluntad. Tú serás el primero…, ¡entra!

Tras una leve indecisión, Bob inclinó la cabeza y entró.

Al pasar junto a ella, Kingman rozó con las yemas de sus dedos el busto prieto y juvenil de la mujer.

Su sangre se enardeció y sus mejillas se colorearon.

Azorado y aturdido, contempló la estancia.

Era poco más que una caverna…, de cristal de roca, como aquélla en la que Kingman despertara, aunque de mayores dimensiones.

Junto a los muros de cristal o cuarzo existían irnos utensilios de metal dorado y grandes proporciones, de un atractivo color dorado, que podían tomarse por muebles.

En el centro de la estancia había un enorme colchón redondo, semejante a aquel en que había descansado Kingman.

«Bien… —pensó él, volviéndose hacia la mujer—. Veo que tu expresión ha cambiado, Grin-Beel. Estás mirándome con suma atención, me observas de forma muy extraña.»

La mujer bajó los ojos.

Y respondió telepáticamente:

—Aún no sé tu nombre, hombre de la Tierra. ¿Tienes uno?

—Desde luego; me llamo Bob Kingman —respondió, nervioso, al

comprobar que ella le miraba con turbadora fijeza.

Entonces Grin-Beel se acercó y Bob tragó saliva.

La proximidad de aquel bello cuerpo le turbó muy intensamente.

—Tómame —se ofreció ella, y sus ojos rosados brillaban cegadores—. Accedo a ser tuya, Bob Kingman.

El hombre retrocedió de un salto.

—Ca… caramba, no soy un tímido, pero consigues desconcertarme en lo más íntimo. ¿Por qué he de tomarte…?

Grin-Beel volvió a acercarse hasta que sus cuerpos se rozaron.

—Porque he comprendido, cuando veníamos hacia acá, que tú me deseabas, Bob Kingman. ¿No comprendes que ahora puedo leer claramente tus pensamientos? Y puesto que yo también te deseo a ti…, ¡tómame, hombre de la Tierra!

Kingman volvió a enrojecer desde el cuello a las orejas.

Luego Grin-Beel abrió sus brazos y los pasó por la cintura del hombre.

Inmóvil, incapaz de la menor reacción, Kingman sintió que su deseo era ya demasiado ardiente y arrollador como para conseguir vencerlo.

Los largos dedos de la mujer kroonech acariciaron su pecho.

CAPÍTULO VIII

Kingman murmuró algo entre dientes y se movió en el lecho.

Entonces abrió los ojos y se sintió completamente despierto.

A su lado, Grin-Beel permanecía inmóvil.

—¿Duermes? —preguntó él, telepáticamente.

No hubo la menor respuesta.

Entonces Kingman acarició su bellísima espalda. Y se estremeció…, ¡el cuerpo de la mujer kroonech estaba helado!

Kingman quedó inmóvil, aterrado, experimentando un miedo absoluto y animal.

Poco a poco fue reaccionando, hasta que su ánimo se serenó un tanto.

Inconscientemente, sus dedos acariciaban el cuerpo femenino, como si esperase que sus caricias obraran el milagro de infundir nueva vida en aquel ser.

Grin-Beel continuaba absolutamente inmóvil.

Kingman se irguió muy despacio, con infinito cuidado. Con las mismas precauciones dio la vuelta al cuerpo femenino hasta que el rostro quedó hacia arriba, visible.

La observó con ansia. Y se demudó.

Los párpados, finísimos, de la mujer aparecían violáceos, morados, yertos.

El rostro de Grin-Beel estaba más pálido que nunca. Y la piel estaca fría, congelada.

Un gemido brotó de los labios del hombre.

¿Qué era lo que sentía, en realidad?

¿Espanto, temor, desazón, pesar, vacío, soledad…?

No se detuvo a analizar sus sentimientos.

Su cerebro se concentró y envió la angustiosa llamada :

—¡Grin-Beel, Grin-Beel! ¡Despierta!

Se desesperó. La mujer no captaba su llamada.

Entonces sus labios murmuraron frases incoherentes, olvidando su poder telepático por un momento:

— ¡Dios mío, Dios mío! Todo esto es terrible y... absurdo, al mismo tiempo. ¿Qué será de mí? ¡Por amor de Dios, Grin-Beel, despierta!

Kingman ocultó el rostro entre las manos.

Estuvo mucho tiempo así, nadie podría calcular cuánto.

Cuando retiró las manos y abrió los ojos, el color de la vida había vuelto a las facciones de la mujer.

—¡Grin-Beel! —exclamó él inconteniblemente—. ¡Estás viva!

No podía explicarse su apasionado arrebato, no podía elaborar ningún juicio acerca de sus sentimientos.

¿Amaba a aquella mujer? ¿Tal vez sólo suponía para él su nexo, su comunicación con las demás criaturas de Arx y...,,¡Dios sea loado!, con el planeta Tierra?

Kingman apoyó sus manos sobre el pecho de Grin-Beel y la contempló con ansia.

Bajo sus manos sintió que el pecho femenino se hinchaba despacio. Luego los delicados párpados azulados se movieron y los ojos rosados le miraron con fijeza.

—¡Grin-Beel, oh, Grin-Beel! —gimió él, apretándola contra su pecho—. ¡He sufrido tanto creyéndote muerta...!

Ella le miró, sin comprender.

Y transmitió telepáticamente:

—¿Muerta? ¡Oh, no, no estaba muerta! ¡Por Krintzel, dios del Calor, creo que olvidé explicártelo!

—¿Krintzel, Calor, explicarme... qué? —repitió Kingman profundamente desconcertado.

Bob la palpaba, muy nervioso. Y comprobaba, en medio de una gran excitación, que el cuerpo de ella recobraba rápidamente la temperatura normal de un ser humano.

—Te lo explicaré, Bob Kingman: los kroonech poseemos algunas características que nos diferencian de los hombres de la Tierra. A fin de ahorrar toda la energía posible, durante nuestro sueño todas las funciones vitales quedan parcialmente suspendidas. Nuestra temperatura baja considerablemente y el corazón apenas late lo suficiente para conservar la vida, ¿comprendes?

Kingman expelió aire con fuerza en un suspiro que liberaba su tensión nerviosa en parte.

—Comprendo —respondió—. ¡Hay tantas cosas que no sé acerca de vosotros...!

Grin-Beel le observaba entre curiosa e irónica. Luego se desperezó como una bellísima pantera y se alzó del lecho.

—Dime, Grin-Beel, ¿siempre vais desnudos? —preguntó.

Ella se había acercado a uno de aquellos muebles metálicos de color dorado y hurgaba en su interior.

—Habitualmente sí —respondió mediante ondas cerebrales—. Sólo nos vestimos cuando ascendemos a la superficie helada de Arx. Pero es muy desagradable estar allí. Bellatrix, nuestro sol, está muriendo...

—¿Muriendo? —inquirid Bob, profundamente interesado.

—Sí. Bellatrix, según le llamáis vosotros, está muriendo, se está extinguiendo, ¿comprendes? Por eso tuvimos que abandonar Kroon, nuestro planeta...

Según Grin-Beel, una tremenda era glacial había arruinado la vida en Kroon.

Animales, vegetales, incluso bacterias y microorganismos habían muerto.

—Gracias a la previsión de Inx-Hook, nuestro Anciano Sabio, mi

padre, Mock-Beel, Gran Protector de Kroon, construyó este refugio en Arx, un verdadero asteroide, de forma irregular, una centésima parte de vuestra Luna. Yo nací aquí, hace... veintidós años de vuestra Tierra. La mujer que me parió murió hace... doce años vuestros. Se encuentra en el xillop.

—¿Qué es el xillop? —quiso saber Kingman, a quien su profesión de detective había desarrollado poderosamente la curiosidad.

—Es el... cementerio. En Arx apenas existe agua ni ninguna clase de bacterias, por lo que los cadáveres se secan y jamás se destruyen. Nuestro xillop está rebosante de cadáveres. Por desgracia, el hecho de que en Arx no haya agua, ni bacterias, unido a su atmósfera, pobre en oxígeno, y su baja temperatura, todo ello impide que en la superficie pueda existir vida animal o vegetal. Por mi parte, apenas recuerdo el sabor de los alimentos. Las cantidades almacenadas en este refugio hace mucho tiempo que se agotaron. Por eso...

«Por eso enviáis vuestras astronaves a la Tierra —pensó Kingman, absorto—. Para apoderaros de verdaderos alimentos.»

Grin-Beel no se molestó en negar.

—Sí. El Gran Sabio, Inx-Hook, pensó que con los concentrados químicos bastaría para «alimentarnos» por tiempo indefinido... Y así ocurrió hasta que un kuhlla hirió accidentalmente a otro...

—¿Qué ocurrió? —preguntó el hombre de la Tierra.

Según Grin-Beel, el kuhlla, uno de aquellos humanoides, había... bebido la sangre que brotó de la herida de su congénere.

Y tras probarla, se excitó enormemente y comenzó a devorar a la criatura herida.

—Cuando se sintió saciado, ocultó el cadáver. Pero poco después sufrió convulsiones y murió (igual ocurrió con los dos kuhllas que devoraron la carne asada en tu presencia). Luego...

—Dices que murieron aquellos dos kuhllas. ¿Por qué. Grin-Beel?

—Es lógico. Al alimentarse sólo a base de agua y concentrados vitamínicos, nuestros estómagos se atrofian. Un hartazgo de comida supone una gravísima indigestión.

—Tienes razón. Pero volvamos al kuhlla que devoró a otro. Sigue hablando de ello, por favor.

—Bien. Varios de mis compañeros kroonech encontraron al kuhlla debatiéndose en convulsiones, al borde de la muerte. Y consiguieron averiguar el motivo. Entonces encontraron el cadáver y probaron un poco… Fue horrible: hombres y mujeres se peleaban a muerte por un trozo de piltrafa, lo que jamás había ocurrido durante los años de vida transcurridos en Arx. Mi padre, el Gran Protector Mock-Beel, les habló, indignado, y les amenazó con devolverlos a nuestro congelado planeta Kroon si volvían a hacer algo semejante. El temor les obligó a obedecerle, pero el recuerdo de los alimentos, ricos y variados, que disfrutaban en Kroon, les incitaba a buscar auténtica comida. Al fin, mi padre, accedió a que se explorase la Tierra, donde sabíamos que existía una vida semejante a la de Kroon. Pero.

—¡Sigue, por favor! —suplicó Kingman, fascinado.

—Los análisis que realizaron nuestras naves demostraron que en la Tierra existen multitud de bacterias y virus desconocidos para nosotros. Arx es un inmenso TOZO de cuarzo, totalmente aséptico, estéril. Si las bacterias llegasen aquí…, sería el final de los cinco mil Toonech que sobrevivimos en este satélite, puesto que nuestros organismos no poseen defensas contra las infecciones de esos microorganismos.

—Dime, ¿qué estás haciendo, Grin-Beel? —la interrumpió Kingman de repente—. He visto que de vez en cuando te llevabas algo a la boca…

—Acércate. Estoy tomando mi ración diaria de comprimidos. Dudo que te gusten: son absolutamente insípidos.

Kingman se alzó del suave lecho y se aproximó de un salto.

Hasta entonces no había observado con gran atención aquellos macizos muebles metálicos de color dorado.

Pero ahora, advirtiendo el grosor de sus hojas y su bello brillo inalterable, se sintió profundamente interesado.

—¿Es… es oro? —preguntó, acariciando el metal.

—¿Oro…? Sí, creo que es así como se llama en tu idioma. ¿Qué tiene de particular? El mismo asteroide arx es un inmenso bloque de cuarzo aurífero. El oro abunda tanto, que si fuera posible recorrer el

refugio entero, verías que los utensilios más inútiles están hechos de este metal.

«Es increíble», pensó Kingman.

Sin que él mismo pudiera advertirlo, una mutación enorme comenzó a operarse en él.

La codicia, latente, incluso en el corazón del hombre más honrado del mundo, empezó a germinar en él.

Imaginó que volvía a la Tierra en una de las enormes astronaves…, cargada de oro.

Bob Kingman era un humilde funcionario, un oficial de policía, con un sueldo limitado y muchas ambiciones insatisfechas.

El oro sobraba en Arx, era utilizado con tanta profusión como el hierro. Pero en la Tierra…, los hombres se peleaban, luchaban y morían desde su infancia a su vejez para conquistar el oro.

Sólo tenía que recordar su visita a Fort Knox, los inmensos depósitos del oro norteamericano.. , y una visión fantástica de poder, de gloria, de riquezas sin cuento se ofreció a su desbordada imaginación.

Entonces, Grin-Beel le tocó en el brazo.

—Estás pensando cosas muy extrañas, Bob Kingman —le transmitió ella, que, sin duda, le había estado observando, desconcertada.

Bob hizo un esfuerzo por dejar su cerebro en blanco. Porque acababa de recordar que ella, Grin-Beel, podía penetrar en sus pensamientos.

Lo que en principio le había parecido maravilloso, aquella increíble cualidad de transmitir a través del aire y del espacio, sus ideas, ahora se le antojaba enojoso.

—¿Qué mal hay en lo que pienso?—dijo en voz alta, tratando de enmascarar sus intenciones—. En mi planeta, el oro es el patrón del poder, del bienestar y de la riqueza. He pensado que yo podría ofreceros toneladas y toneladas de alimentos .., a cambio del metal al que vosotros apenas le dais importancia. Ahora lo veo, ahora puedo palparlo con mis manos. Prácticamente, el oro se puede extraer del

cuarzo del que están formadas estas paredes…

Kingman acariciaba, fascinado, los muros de la caverna excavada en el duro cuarzo aurífero.

—¡Ca…lla! —gritó Grin-Beel, utilizando, de forma inconsciente, la palabra para expresarse—. Es cierto… Hay mucho… oro en Arx. Pero aún… no sabes… tu verdadera situación aquí. No emplees la palabra, hombre de la Tierra: utiliza el poder cerebral que yo te he regalado.

Kingman se irguió en toda su estatura.

—De acuerdo: comuniquémonos mediante la telepatía. ¿Qué decías acerca de mi situación en Arx?

Grin-Beel sacó una especie de tejido azul, en forma de túnica, y se lo vistió.

Admirado, Kingman tocó aquella tela que moldeaba fantásticamente las formas de la bellísima kroonech.

El tacto era metálico, pero el vestido era flexible y sumamente adaptable, como una segunda piel.

Kingman se inclinó y lo miró más de cerca, sospechando que se trataría de una fina malla de hilo metálico. Pero se equivocaba: aquel material era frío, absolutamente liso.

Ya se disponía a saciar su inagotable curiosidad, preguntando, cuando las ondas mentales de Grin-Beel llegaron a su cerebro.

—Mi padre, Mock-Beel, te condenó a morir, cuando los kuhllas, moribundos, consiguieron hacer descender la astronave por el cráter del volcán extinguido que da entrada a nuestra base de vehículos espaciales.

—¿Por qué? —preguntó Kingman, sintiendo que los cabellos de su nuca se erizaban de pavor.

—Inx-Hook, el Gran Sabio, sospechó que tú, hombre de la Tierra, hubieras envenenado a nuestros auxiliares kuhllas. Mi padre reunió al Gran Consejo de Ancianos Kroonech y pidió su decisión. Sólo hubo una: el extranjero llegado a Arx, debía ser transportado en una astronave hasta Kroon, el planeta helado. ¿Cuánto tiempo crees que hubieras resistido en Kroon? —el rostro de Grin-Beel se había

plegado en un rictus severo—. Saciaré tu curiosidad: la temperatura en Kroon es de unos… trescientos grados centígrados bajo cero, para traducirlo a vuestras medidas terrestres.

Kingman se estremeció de pavor. ¿Podía encontrarse una muerte más horrible que la que Grin-Beel acababa de describir?

—¿Cómo… cómo sigo vivo? —interrogó sin poder contenerse.

—Yo te vi, en la gran gruta del Consejo. Te observé despacio. Y me complaciste. No sé qué oculto sentimiento brotó dentro de mí. Pero comprendí que te necesitaba, Bob Kingman. Yo había visto las horribles convulsiones de los kuhllas moribundos y recordé a aquel otro que murió tras devorar a su congénere. Sospeché la verdad: tú nada habías tenido que ver en la muerte de nuestros dos humanoides.

—Es asombroso —pensó Kingman, emocionado a su pesar—, Pero sigue, por favor. ¿Cómo conseguiste salvarme?

—Mi padre, el gran Mock-Beel, siente un gran afecto por mí, Transmití mis pensamientos a él y propuse que Inx-Hook utilizase los aparatos de su laboratorio para examinar los cadáveres de los dos kuhllas, antes de que se cumpliese la sentencia que el Consejo había impuesto. Inx-Hook se resistió, pero terminó accediendo a la prueba. Entonces confesó que se había equivocado. Sin embargo…

Según Grin-Beel, Inx-Hook, que gozaba de gran prestigio entre los kroonech, ya que sus decisiones se tenían como infalibles, había aconsejado que Kingman fuera confinado en algún lugar aislado, por razones de seguridad para los propios kroonech refugiados en el asteroide Arx.

—Querían confinarte en una cueva solitaria, fría y alejada, donde probablemente hubieras muerto a los pocos días. Entonces supliqué a mi padre. Lo pedí que me permitiera encargarme de tu custodia y prometí impedir que salieras de esta zona del refugio. Mock-Beel accedió. Pero jamás podrás escapar de aquí, Bob Kingman.

CAPÍTULO IX

De pronto, Kingman notó que sus rodillas se doblaban. Cayó a tierra, pero comprobó que no se había hecho ningún daño.

Pero otro descubrimiento llegó inmediatamente: apenas podía moverse, respiraba con dificultad y experimentaba una tremenda angustia en sus entrañas.

Grin-Beel se inclinó prestamente sobre él y sus cabellos rojizos rozaron el rostro del hombre.

—Lo olvidé, ¡por Krintzel! —la mujer parecía muy excitada e incluso podía advertirse que su severidad había dado paso a un estado de ánimo de gran preocupación—. Olvidé que no has ingerido comprimidos ni agua alguna desde hace mucho tiempo. ¡Debes estar desfallecido, pobre *krybunch!*

—*¿Krybunch?* —Kingman apenas tenía fuerzas para concentrar su pensamiento y transmitirlo a la mujer kroonech.

—Significa «esposo» en nuestro casi olvidado lenguaje kroonech —respondió ella, tomando algo de uno de los cuadrados muebles de oro—. Vamos, esposo, tienes que tomar los comprimidos. Así. Te daré un poco de agua.

Había sacado un tarro cilíndrico de oro, del que sacó los comprimidos de un color terroso, y otro, dividido por señales horizontales, que puso sobre sus labios.

Kingman probó el agua y comprobó que no había ninguna diferencia con la de la Tierra.

— ¡Basta! —Grin-Beel se mostraba falsamente enfadada. Esas marcas en el tarro significan una ración diaria. Y yo tengo que compartirla contigo, puesto que una de las condiciones de mi padre

para entregarte a mí, fue que el Consejo no compartiría con un extranjero sus provisiones de agua y concentrados vitamínico-proteínicos, con los que nos mantenemos vivos.

—Todo un panorama —pensó Kingman, irónico. Y advirtió que ella no parecía entenderle—. ¿Tan escasa es el agua en Arx?

—¡Quizá no puedas calcularlo con exactitud, Bob Kingman —respondió la bellísima Grin-Beel—. Inx-Hook extrae el agua, de la pequeñísima cantidad que contiene la atmósfera de Arx, mediante un procedimiento muy costoso. Quizá aquí —la mujer le miró con reproche—, el agua sea como el oro en vuestra riquísima y extraña Tierra.

Asombrado, Kingman notó que a los pocos minutos de tomar los comprimidos las fuerzas volvían, impetuosas a sus músculos, y que sus sentidos se agudizaban prodigiosamente.

Había algo más. Sus ojos resbalaron por el cuerpo maravilloso de Grin-Beel y de nuevo experimentó el deseo carnal de forma arrolladora.

Se reprimió, no obstante. No podía alejarse de su pensamiento aquella verdad que le costaba gran esfuerzo asimilar: estaba condenado de por vida a permanecer prisionero en el remoto refugio de Arx.

Tenía que confesarse que cualquier hombre se sentiría dichoso viviendo en compañía de la deliciosa Grin-Beel…, al menos si sólo se pensaba en el momento presente.

Grin-Beel… Una maravillosa mujer, poco exigente, bellísima, adorable, mil veces deseable, algo difícil de imaginar para un hombre de la lejana Tierra.

Fue en aquel momento cuando por primera vez experimentó la extraña sensación de que una remota voz susurraba en lo más profundo de sus células cerebrales:

«Bob, Bob, querido Bob…»

El recuerdo de Glenda Wells llegó a él impetuoso y violento.

«¡Glenda, cómo he podido olvidarla! —pensó, turbado—. Mi pobre e infeliz Glenda… ¿Qué pensarás ahora, qué pensarás de mí…?»

Tan intenso fue el recuerdo, que todo lo demás se horró de la imaginación de Kingman, incluida la misma Grin-Beel, que se había recostado a su lado.

Las ideas surgían tumultuosamente en su cerebro. Los recuerdos se mezclaban con las violentas vivencias experimentadas en los últimos tiempos.

Glenda..., estaba aterrada, dolorida, inconsolable. Porque Kingman sabía que ella le amaba como una niña, de una forma total.

¿Y los Fulner, Dan, Elizabeth...? Seguramente le darían por muerto. Sí, sí, él era policía y podía imaginar lo que ocurría en casos semejantes.

Grin-Beel le acarició intensamente y Kingman se dejó llevar por el arrebato erótico.

Los recuerdos, la imagen de Glenda, de los Fulner..., todo huyó de su mente como arrebatado por un furioso vendaval.

El momento presente estaba lleno, rebosante, de la pujante vitalidad de aquella exótica mujer: Grin-Beel, ¡sólo Grin-Beel!

* * *

Despertó.

Grin-Beel dormía con aquel sueño profundo, que era descanso, pero que parecía muerte.

Inconscientemente, Kingman había aguardado impaciente aquel momento. Dormida, ella no podría interceptar sus pensamientos, adivinar sus ideas.

En la estancia, los pesados muebles de oro macizo, absolutamente lisos, brillaban con un relumbre rojizo y misterioso.

¡Oro, oro, oro por centenares, por miles de toneladas!

¿Cuántas cosas podría conseguir Bob Kingman en la

Tierra con aquel oro que nadie valoraba en la inhóspita guarida

de Arx?

«Todo —pensó—. Podría conseguirlo todo.»

Recordaba ahora sus primeros tiempos como policía. El sueldo escaso, casi miserable…, frente a la continua y violenta provocación de los adinerados yanquis, orgullosos y soberbios, mandando despóticamente sobre los que carecían de fortuna.

El trabajo… Peligroso trabajo de perseguir a criminales que siempre comienzan a disparar primero.

Y la miseria, la estrechez, la humillación de no conseguir jamás disfrutar de aquellos bienes que sólo poseían y detentaban unos cuantos.

¡Si consiguiese aquel oro…!

No era una empresa fácil, era consciente de ello. Tendría que emplear la astucia, la inteligencia, la doblez…

Mientras pensaba, vigilaba sin cesar a la dormida Grin-Beel. ¿Qué clase de existencia de ratón llevaban los kroonech, condenados a permanecer tan presos como él mismo en aquel refugio de oro y cuarzo?

Los cinco mil kroonech del asteroide Arx tenían toneladas de oro a las que no concedían más importancia que al plomo o al hierro.

Y, sin embargo, los kroonech estaban… hambrientos. No habían olvidado sus festines de Kroon, antes de la era glacial. Y deseaban comer. Ansiosamente.

Verdaderos alimentos, no simples compuestos vitamínicos, duros e insípidos…

Kingman recordó la excitación de los kuhllas, cuando se arrojaron sobre unos pocos pedazos de carne ya casi carbonizada. Y la gula que demostraron ingiriendo la pitanza, sin masticarla siquiera.

Si conseguía hacer comprender a los kroonech que él, Bob Kingman, podía facilitarles todas las cantidades de alimentos que necesitasen…, podría afirmarse que a cambio conseguiría todo el oro que se le antojase.

Sólo existía una barrera, aunque casi insalvable: Grin-Beel le

quería para sí, estaba enamorada de él…, si ello podía explicarse a un nivel kroonech.

¿Por qué le había elegido a él precisamente?

Aunque en aquella elección estuviese su salvación, Kingman no podía explicárselo a su entera satisfacción.

Había preguntado a Grin-Beel muchos detalles sobre sus congéneres. Los kroonech eran como los terrestres, a excepción de que el original color de sus ojos había cambiado como consecuencia de la luz rojiza del sol Bellatrix: todos tenían los ojos rosados, rojos, anaranjados o violetas, es decir, de aquellos colores en los que entraba el rojo.

La mayoría de los kroonech carecían de dientes. Sus piezas dentales habían ido cayendo poco a poco, como consecuencia de un proceso natural de atrofia: como se mantenían con alimentos sintéticos concentrados, no necesitaban los dientes y la naturaleza les despojaba de ellos.

—¿Por qué los conservas tú…, tan bellos? —había preguntado Kingman a Grin-Beel.

—Tenemos calcio en comprimidos. Pero la mayoría no los toman; desesperan de que alguna vez vuelvan a disponer de alimentos —explicó ella—. Yo soy una de los pocos kroonech que abrigan la esperanza de que algún día cambie nuestra situación.

Desde luego, según Grin-Beel, los kroonech poseían una inteligencia muy elevada y una tecnología superior. Eran, por lo demás, sinceros y elementales, tenían un sentido muy razonable de la justicia y no permitían las violencias físicas, las agresiones ni producían jamás la muerte con sus manos o armas.

En el peor de los casos, un miembro disidente de aquella extraña sociedad, era condenado a morir en Kroon, si sus delitos eran muy graves.

—Es un mundo desconocido, extraño y remoto, pero quizá más humano aún que el mío —decidió Kingman, resumiendo sus escasos conocimientos sobre los habitantes de Arx.

Había algo que preocupaba mucho a Kingman, si se tenía en cuenta que la codicia se había apoderado de él: se trataba del cambio molecular que la gran máquina esferoidal había producido en su

cerebro.

Grin-Beel podría interceptar sus pensamientos con sólo concentrarse. ¿Cómo conseguir evitarlo...?

Había una primera solución: sencillamente, comunicarse por medio de la palabra. Kingman había podido observar que ella no podía controlar perfectamente los pensamientos de su *krybunch* cuando Bob se expresaba por medio de la voz.

¿Quizá porque ella debía agudizar su atrofiado sentido del oído entonces, y, por tanto, distraer su poder de concentración cerebral?

Kingman no lo sabía con seguridad. Pero sí sabía que ella se mostraba desconfiada cuando Bob hablaba.

Para comunicarse telepáticamente, Bob debía realizar un fatigoso esfuerzo de concentración mental.

Pero ¿qué ocurriría si Kingman evitaba concentrarse cuando deseara que sus pensamientos no fueran interceptados?

Decidió poner toda su voluntad en experimentar aquella especie de flujo-reflujo mental.

Poco después, Kingman notó que sus fuerzas disminuían progresiva y velozmente. Sufrió un vahído tremendo que debió durar varios minutos y se debatió en una terrible angustia.

¿Qué estaba ocurriéndole?

Quiso moverse, llamar desesperadamente a la mujer que dormía junto a él su sueño pseudomortal. Pero no pudo.

«¡Voy... voy a morir! —pensó, desesperado—. Moriré..., sin que nadie se acerque a ayudarme...»

La verdad se desveló en su mente: el efecto de los comprimidos que Grin-Beel le entregase, había desaparecido ya.

Sus energías se esfumaban tan velozmente como una voluta de humo llevada por el viento.

Entonces, Kingman apretó una mano de la mujer, concentró sus pensamientos en un último esfuerzo y transmitió su desalentada y urgente llamada:

—¡Grin-Beel, Grin-Beel, por amor de Dios, despierta! ¡Ayúdame!

Luego cayó, desfallecido, y sus ojos se cerraron.

CAPÍTULO X

Volvió a la vida sin transición, de forma tan brutal y arrolladora que inmediatamente su mente se tornó lúcida.

Grin-Beel estaba inclinada sobre él y le contemplaba con ansiedad.

¡Y Kingman comprobó que unas lágrimas rodaban por las lechosas mejillas de la mujer kroonech...!

Alzó una mano y acarició aquellas facciones de rasgos bellísimos y exóticos.

—Grin-Beel..., ¡estás llorando! —exclamó en voz baja—. Jamás hubiera supuesto que los kroonech pudierais llorar...

Grin-Beel le miró fijamente a través de sus rosadas pupilas.

—Los kroonech... tenemos prohibido... llorar —habló ella también—. Es peligroso... para nosotros. Las lágrimas... pueden deshidratarnos... fácilmente, ¿comprendes?

—Comprendo —repuso consternado Kingman—. Comprendió que puedes morir por el simple hecho de... derramar unas lágrimas.

¿Qué esperas, Grin-Beel? Debes beber un poco de agua… No te preocupes por mí. No tengo sed, no necesito beber, ¡bebe tú!

—No puedo —respondió ella mentalmente—. El agua que teníamos…, te la he dado a ti, con unos comprimidos. He guardado unos cuantos en tu bolsillo. Si volviese a suceder…, si te sintieses morir en mi ausencia, tómalos.

Viendo que ella se incorporaba y se dirigía a la puerta redondeada, Kingman la detuvo con un grito.

—¡Grin-Beel! ¿Adónde vas?

—¿No puedes comunicarte conmigo por telepatía? —preguntó ella con extraña expresión—. Tus gritos lastiman mis oídos…

—Lo siento. Me resulta doloroso concentrar mi mente y hablar telepáticamente —mintió él—. Compréndelo: esto es algo nuevo para mí. Quizá mi cerebro no sea tan poderoso como el tuyo, Grin-Beel. Pero dime, ¿adónde vas? ¿Me abandonas?

—Debo ausentarme un… momento. Tengo que conseguir… más agua. Espero que Mock-Beel, mi padre, se apiade de nosotros —respondió—. No debes… moverte de aquí… Aguarda.

Viéndola desaparecer, Kingman se dejó caer sobre el lecho circular.

Reflexionó.

Sentía lástima de sí mismo, no podía evitarlo.

Grin-Beel había despertado a tiempo para salvarle la vida. Y se ponía en peligro derramando lágrimas por su causa o compartiendo con él sus alimentos y su agua.

Kingman, por su parte, había mentido para conseguir sus fines.

«Soy un ser abyecto y despreciable», pensó.

Sin embargo, se sentía satisfecho. Ella parecía haber creído su mentira sin vacilar; aquella excusa de que experimentaba dolores al concentrar su mente y la posibilidad de que su cerebro fuera menos poderoso y desarrollado que los de los kroonech.

De repente, volvió a percibir aquella débil y remota llamada:

«Bob, Bob, amor mío. ¿Dónde estás? Necesito saber de ti, amor mío. ¡Contesta…!»

¡Glenda! ¡Era ella, era su voz…!

Sus sentidos y sus facultades mentales se concentraron al máximo, deseosos de seguir captando la sutil señal telepática.

Pero su corazón estaba roído por la codicia y su voluntad rechazó inmediatamente la llamada.

—Debo pensar en el oro, en la inmensa riqueza que puede ser mía —se dijo—. Lo demás… Lo demás carece de importancia.

Se puso en pie con ligereza y salió de la estancia.

Sentía una irresistible curiosidad por desvelar los misterios de aquel refugio de cristal.

En el largo y recto corredor, Kingman se detuvo, indeciso.

Finalmente se dirigió a la derecha. Caminó a saltos, con la ligereza de una pluma.

Y se detuvo ante una gran gruta situada al final.

—¿Qué diablos es esto? —murmuró—. Se diría que tiene las trazas de un templo…

Recordó aquella insólita evocación que Grin-Beel repetía a menudo: «Por Krintzel, dios del Calor.»

Bajo la inmensa bóveda, en el centro geométrico de la misma, Kingman contempló aquella roca verdosa que despedía desconocidos vapores del mismo color.

Detrás de la roca se erguía una figura monstruosa y descomunal, tallada en cuarzo.

La figura representaba toscamente la silueta aproximada de un hombre kroonech. Al ser traspasado el cuarzo por la luz verdosa, producía unas diabólicas irisaciones multicolores que iluminaban el lugar de forma fantasmal, impresionante.

Avanzó unos pasos, pero tuvo que retroceder inmediatamente, al sentir su rostro abrasado.

¿Qué piedra infernal era aquella que producía un calor insoportable, sin llama, y emanaba aquellos gases de extraño aroma, aunque inofensivos...?

El temor le sobrecogió. Y obedeciendo al instinto, dio media vuelta y tornó al pasillo.

Avanzó en sentido contrario. Sus saltos de diez o quince metros le trasladaron en pocos segundos ante la entrada de la inconcebible sala de máquinas.

Impulsó sus piernas para entrar y ocurrió algo insólito,.., ¡una fuerza potente e invisible le rechazó con tanta fuerza que Kingman salió despedido hacia atrás y chocó contra el muro contrario!

El golpe fue doloroso. Kingman permaneció en el suelo, inmóvil y asustado durante algún tiempo.

Al cabo, se alzó despacio y observó aquella entrada con gran curiosidad.

Esperaba encontrar algún mecanismo incrustado en el cuarzo, algún oculto artilugio capaz de causar el brusco rechazo de que había sido objeto minutos antes.

Pero no vio nada. Sólo la superficie rugosa e irregular del cuarzo aurífero, que permitía pasar la luz rojiza proveniente del decadente sol de los Kroonech.

Decidido a intentarlo de nuevo, Kingman avanzó muy despacio, paso a paso, ansioso por traspasar la invisible barrera que le separaba de la amplísima sala de máquinas.

Súbitamente, se sintió violentamente agitado en una desconocida vorágine que turbaba sus sentidos, para, finalmente, ser despedido por segunda vez contra el suelo.

Su hombro derecho chocó bruscamente contra el piso y Kingman exhaló un alarido de dolor.

Cuando fue capaz de alzarse del suelo, comprobó que la corta manga de su suéter estaba desgarrada y la sangre brotaba, escasa, del rasguño producido en su piel.

Retrocedió, espantado.

Comenzaba a comprender que jamás podría desvelar todos los misterios que componían el insólito mundo de los kroonech. Pero tampoco le interesaba ya: sólo quería oro, cantidades ingentes de aquel metal amarillo que los kroonech desechaban.

Había comprobado que existían otros metales en Arx. Metales de raros colores, durísimos unos, resistentes al calor y a la torsión; flexibles y mil veces maleables otros, como aquel que se había utilizado para confeccionar el rutilante vestido de Grin-Beel.

Tal vez aquellos metales fueran mucho más valiosos que el oro, pero a Kingman no le interesaban; él quería oro, ¡ORO!

A lo largo del pasillo, se abrían otras entradas, bajas y redondas, como aquella en la que Kingman había despertado.

En todas existían aquellos colchones de rara materia esponjosa, indeformable y blanda... *Y* también pesadísimos y cuadrados muebles de oro macizo.

Pudo entrar en todas ellas y registrarlas sin encontrar, al cabo, ninguna comunicación con el resto del refugio kroonech.

Por fin, Kingman decidió volver *a* la estancia que compartía con Grin-Beel. Entró y se dejó caer sobre el colchón.

Reflexionó. Y decidió poner en marcha su plan. Pero debía ser mil veces astuto y precavido, si quería conseguir lo que se proponía.

Insidiosamente, Kingman había sembrado la semilla. Durante los últimos días había atormentado el cerebro de Grin-Beel, describiendo escrupulosamente los mil y un alimentos deliciosos de los que cualquier mortal podía gozar fácilmente en la Tierra.

Grin-Beel le había escuchado indiferente al principio. Pero después..., sus ojos se abrieron mucho, sus fosas nasales se distendieron, ansiosas, y todo su ser comenzó a experimentar una intensa excitación.

—¡Recuerdo los menús que nos preparaba Elizabeth Fulner —decía Kingman sin dejar de observar a la mujer de reojo—. Hacía una ensalada rusa deliciosa y fragante... ¿Sabes cómo se prepara la ensalada rusa, Grin-Beel?

Bob se extendía en explicaciones. Por la mente de la mujer kroonech, desfilaba una mesa inacabable, donde se mezclaban el pavo

trufado, los langostinos con mayonesa, la trucha en salsa, el cochinillo asado, las tartas, los pasteles…

Kingman comprobaba, avieso, el efecto que sus frases causaban en ella.

Grin-Beel le escuchaba religiosamente, con los ojos muy abiertos, los labios húmedos y las manos apartando sus cabellos rojos para que las diminutas orejas pudieran captar lo más fielmente posible las palabras del hombre de la Tierra al que había escogido por *krybunch.*

Ahora, Kingman pensaba en todo ello.

¿Habría hablado Grin-Beel con su padre, el Gran Protector Mock-Beel?

Interrumpió sus pensamientos: Grin-Beel acababa de volver.

Kingman advirtió que ella contemplaba, asombrada, su manga ¡rota y la mancha roja que empapaba el tejido.

—Me desobedeciste, Bob Kingman —dijo ella con reproche.

—Lo confieso —respondió—. Ya sabes cuán grande es mi curiosidad. Sólo quería ver, distraer mi aburrimiento. Pero tú debes imaginar bien lo que me ocurrió: una fuerza terrible me despidió cuando quise penetrar en la sala de máquinas.

—¡Estás herido! —gimió ella, acercándose.

Palpó con suavidad el rasguño y le miró, solícita.

—No es nada. Apenas un rasguño. No vale la pena ocuparse de ello: en este ambiente caluroso y aséptico, cicatrizará en poco tiempo. ¿Traes el agua? —preguntó Kingman al advertir que ella traía en las manos dos de aquellos recipientes de oro.

—Sí —respondió ella con un gesto indefinible—. Mi padre ha accedido a entregarme alimentos concentrados y agua abundante…, para los dos.

Kingman se alzó de un salto.

Se sentía sorprendido y esperanzado.

—Entonces…, ¡ha cambiado de parecer, por lo que veo! —

exclamó—. No puedo creerlo..., ¿cómo ha sido posible?

Grin-Beel le ofreció un tarro dorado y dijo:

—Bebe.., un poco. Con ello compensarás la... pérdida de sangre... de ese rasguño, *krybunch* —exclamó ella, dulcemente

Bebió y le devolvió el tarro. Pero inmediatamente volvió al tema que le interesaba:

—¿Por qué..., por qué tu padre ha accedido a darte el agua y los alimentos para mí? —preguntó, ansioso.

—Se interesó... por ti —pronunció ella en secuencia sincopada —. Le hablé... de ti, de tu mundo... Se sintió muy... interesado por todo... lo que me contaste.

Exhaló un suspiro y sus senos se hincharon.

—Mock-Beel, mi padre, el Gran Protector de los kroonech, quiere verte, Bob Kingman —confesó.

El hombre la Tierra la miró con un fulgor insólito en los ojos.

CAPÍTULO XI

Kingman se detuvo instintivamente ante la entrada de la sala de máquinas, temeroso, quizá de ser repelido por aquella invisible fuerza.

Pero Grin-Beel le tomó de la mano y le guió... ¡.Kingman se sintió maravillado al comprobar que traspasaba fácilmente la entrada!

Cruzaron la imponente sala, accedieron a un pasillo espectralmente iluminado por la difusa luz anaranjada, y… se encontraron en una inmensa gruta de colosal bóveda.

La respiración de Kingman quedó en suspenso y él mismo se sintió arrebatado por las maravillas que sus ojos contemplaban.

El cónclave era extraño y estremecedor: unas cinco mil personas ocupaban la inmensa caverna, a través de cuya bóveda se filtraba la roja luz fantasmal.

Al fondo de la gruta, Kingman divisó unas altísimas columnas, más estrechas en el centro que en los extremos que tocaban con la bóveda y el suelo.

¿Estalactitas y estalagmitas…?

No siguió pensando en ello, porque un rumor leve se alzó de entre la multitud que permanecía reclinada en una especie de triclinios[3] romanos…, de oro macizo.

Aquellos colosales muebles de oro habían sido situados como en una tribuna, por lo que Kingman podía contemplar los rostros de los kroonech, que apoyaban sus barbillas sobre las manos en decúbito prono.

En el centro de la insólita aula se encontraba el consejo de ancianos: doscientos decrépitos kroonech, de larguísimos y espesos cabellos plateados, que le observaban sin pestañear.

Ante ellos permanecía un individuo de colosal estatura, cabellos rojos y ojos violeta.

En el cónclave, se mezclaban hombres y mujeres. Todos desnudos, sin experimentar la más leve vergüenza.

Kingman se sentía incómodo, nervioso e inquieto, sintiéndose el centro de las miradas, analizado como un espécimen rarísimo.

Pero Grin-Beel seguía tomándole de la mano y el suave contacto le infundía valor y confianza.

Al fin, Kingman se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Cómo podré hablarles? Sabes que me resulta muy doloroso alcanzar la concentración necesaria para comunicarme

telepáticamente con ellos.

—No será necesario —respondió ella—. Todos los kroonech hemos aprendido tu idioma, si bien elementalmente. Nuestras astronaves disponen de aparatos detectores capaces de captar imágenes y sonidos a millones de años luz de distancia, ¿lo ignorabas?

Kingman se volvió hacia la multitud reunida bajo la extraordinaria bóveda de cuarzo.

—¿Quién es Mock-Beel, el Gran Protector de los kroonech? —dijo en voz alta.

El formidable kroonech de los ojos violetas se aproximó a él.

Kingman se sintió empequeñecido: Mock-Beel le sobrepasaba en más de veinte centímetros de estatura.

—Yo soy Mock-Beel —pronunció el gigante con voz profunda—. Habla.

Kingman dejó vagar su mirada sobre los miles de ojos rojos, anaranjados, rosados o violetas que le contemplaban.

«Parecen un océano de luciérnagas», pensó.

Pero carraspeó, aturdido y alzó la voz:

—Hombres de Kroon: sé que me miráis con desconfianza, como a un extranjero del que pueden esperarse todos los males. Pero Grin-Beel, hija del Gran Protector Mock-Beel, sabe muy bien que ningún mal ha recibido de mí.,.

Hizo una pausa, esperando oír alguna voz, increpándole. Pero el silencio era absoluto, impresionante.

Sólo aquellos puntitos luminosos, que correspondían a los insólitos ojos de los kroonech, seguían posados en él, estáticos.

—Sé algunos detalles de las terribles circunstancias que os obligaron a abandonar Kroon, donde erais felices. Y también que hoy os veis reducidos a sobrevivir en precarias condiciones, ingiriendo alimentos concentrados. insípidos y sin olor, cuando., en la Tierra sobran los alimentos más sabrosos y apetecibles...

Ahora sí pudo escuchar Kingman un rumor sordo y sostenido, de desconocida resonancia: los kroonech parecían asombrados.

—Yo puedo proveeros de todas las provisiones que necesitáis. Sé que tendréis que acostumbrar vuestros estómagos, atrofiados, a la digestión de verdaderos alimentos. Pero lo conseguiréis en poco tiempo, mediante una alimentación gradual y controlada. Después..., ¡después podréis devorar toda la carne, el pescado y los manjares que deseéis!

Mock-Beel le contemplaba fijamente, con una profundidad terrible. También uno de los ancianos del Consejo —el Gran Sabio Inx-Hook probablemente— le miraba escrutadora e inquisitivamente.

Para entonces, Kingman pudo comprobar que la excitación más violenta se había desatado entre la multitud kroonech.

Mock-Beel se volvió hacia el cónclave y todo rumor cesó. Luego tornó hacia el hombre de la Tierra y dijo:

—Tú sabes... que Arx es un asteroide... estéril. Los alimentos que... nos ofreces podrían contaminar de microorganismos nuestro refugio y traer las enfermedades y la muerte para los kroonech...

—¡No! —se apresuró a gritar Kingman—, En la Tierra se producen alimentos esterilizados, perfectamente envasados y aislados, que no contienen gérmenes. Y yo podría traeros cuantos necesitéis..., a cambio de oro.

—¿A cambio de... oro? —preguntó Mock-Beel con su voz grave y profunda—, ¿Para qué quieres el oro? ¿Cuáles son... tus propósitos?

Kingman se tomó unos segundos para contestar. Era evidente que Mock-Beel se sentía lleno de desconfianza.

—No sé si vosotros habéis llegado a profundizar en los modos y costumbres de los habitantes de la Tierra —arguyó con voz cada vez más clara y potente—. De todas formas os diré que en mi planeta nada se da a cambio de nada. Es decir, para conseguir los alimentos que necesitamos, es imprescindible una gran cantidad de oro, muy apreciado en la Tierra.

Mock-Beel le miró a través de sus impresionantes ojos violetas, fasforescent.es.

—He oído decir... *¿necesitamos?* —preguntó, asombrado—. Imaginé que tú, Bob Kingman, estarías ansioso por volver a tu planeta...

Bob dirigió su última mirada a la multitud kroonech.

—Así lo pensaba en un principio, debo confesarlo. Pero ahora,.., me siento subyugado por Grin-Beel, por vuestra sabia cultura, por vuestras costumbres y por el misterio insondable de vuestra técnica —habló con voz poderosa y convincente.

—¿Tú… quieres decir… que te quedarás… con nosotros…, con Grin-Beel para siempre? —preguntó Mock-Beel—, ¿Por tu propia voluntad?

—Así es —respondió Kingman—. A menos que vosotros me rechacéis, viviré con vosotros hasta el fin de mis días.

Entonces, el gigantesco Mock-Beel se aproximó a Kingman y dejó caer sus robustos brazos sobre los hombros de éste, que dobló sus rodillas al sentir el rudo impacto sobre sí.

Ya comenzaba a sentirse aterrado, imaginando que Mock-Beel iba a matarle a golpes, cuando sintió sobre su cuello la tibia mano de la bellísima mujer kroonech que le había escogido por *krybunch.*

—No temas, Bob Kingman… —habló ella—. Mi padre, Mock-Beel, se siente muy satisfecho. Escúchale.

En efecto, Mock-Beel se separó un paso, volvióse a la asamblea kroonech y dijo:

—Si estás dispuesto a ello, Bob Kingman, si consigues proveernos de alimentos…, tendrás todo el oro que tú mismo desees.

Grin-Beel tomó a Kingman de la mano entonces y le arrastró lejos de la gruta del Consejo.

Extrañado, Kingman la retuvo.

—¿Por qué…, por qué me arrastras, por qué no me permites que siga hablando a tus kroonech? ¡Tengo tantas cosas que decirles todavía…! —exclamó, airado.

Pero ella volvió a tomarle de la mano y le guió hasta el pasillo de cristal.

Al contacto de su mano tibia, Kingman notó la excitación que vibraba a través de la piel de Grin-Beel.

Al fin, ella se detuvo a la entrada de la estancia que les estaba

reservada.

Kingman la miró y advirtió que la expresión de Grin-Beel era resplandeciente y distinta.

—No puedo comprenderte... —murmuró, disgustado—. ¿Por qué me arrancas de allí, cuando tu padre, y todos los kroonech parecen dispuestos a...?

Pero ella le empujó hacia la estancia y le obligó a tenderse sobre el lecho circular.

Entonces tomó su rostro entre las manos, le miró largamente, y murmuró:

—¿No puedes comprenderlo. Bob Kingman? Te he oído decir cosas hermosas, allá en el Consejo. Hablaste de mí, dijiste que te sentías... subyugado... por mí. Y yo..., ¡yo no puedo reprimir mis ardientes deseos de que repitas... eso mismo... para mí, Bob Kingman!

Bob parpadeó.

¿No era amor, amor salvaje, completo e intenso lo que aquella mujer kroonech sentía hacia él...?

Grin-Beel le acariciaba íntimamente, Grin-Beel parecía dejarse arrastrar por la pasión más desbocada.

Trató de hablar, de explicar sus razones, de resistirse a dejarse llevar por aquel torbellino de placer y de desconocidos sentimientos.

Pero él mismo, ¿no se sentía inmerso en los ojos de fuego de Grin-Beel?

Contestó a sus caricias, la tomó en sus brazos, la apretó contra sí, sintiendo que en su pecho se desataba un ardiente e irrefrenable ardor.

—*¡Krybunch, krybunch...!* —murmuraba torpemente Grin-Beel, estremecida.

Por tercera vez, Kingman captó en su cerebro aquella lejana señal, casi imperceptible:

«¡Bob, Bob, querido Bob! Te siento, amor mío... Sé que estás vivo, sé que existes... ¿Por qué no respondes a mi llamada?»

Cerró los ojos y se encontró en su presente más próximo y palpable.

Grin-Beel, sólo Grin-Beel.

Después...

Después el ore, la riqueza... Miles de astronaves kroonech viajando hacia la Tierra, cargadas de dorado y riquísimo metal.

¡Oro, oro, oro...!

Poco después, Grin-Beel dormía entre sus brazos. Y su cuerpo, hecho de porcelana y de azúcar, iba tomándose frío, helado, yerto..

CAPÍTULO XII

Nieve.

El viento helado azotaba los altos abetos que salpicaban, aquí y allá, los rincones del bello parque del centro psiquiátrico.

—¿Volvemos, Glenda? —preguntó el doctor Waynes.

—No, aún no. Me gusta estar aquí, pasear sobre la hierba, Harry —murmuró ella.

Se dejaba llevar por los brazos de Waynes, se sentía protegida y arropada por la presencia del médico.

Waynes se había dedicado a ella absolutamente. La mimaba, la cuidaba, atendía sus menores caprichos, la rodeaba de comodidad y de afecto.

Waynes estaba enamorado de ella, era evidente. Pero Glenda no quería pensar en ello.

Aceptaba, sí, y agradecía la compañía constante del doctor. ¡Waynes era tan amable, tan abnegado, tan atractivo y tan varonil...!

Waynes carraspeó y la apretó levemente contra sí. Parecía muy embarazado cuando comenzó a hablar:

—Bien, Glenda. Puede asegurarse que estás curada. Las últimas pruebas han sido muy optimistas y ello me anima a hablar claro: estoy enamorado de ti...

Lo temía, Glenda lo había estado temiendo desde algún tiempo atrás. Había comprendido el oculto significado de sus miradas profundas, de su inexplicable timidez, del nerviosismo que asaltaba al doctor Waynes cuando sus dedos se rozaban accidentalmente.

—No soy un hombre rico —la voz de Waynes se había tornado ronca y concentrada—, aunque poseo una regular cuenta corriente en el Banco, tengo una casita en la montaña, un par de automóviles y mi trabajo, bien remunerado. Si tú quieres, podríamos casamos antes de Navidad...

Glenda temblaba.

Era terrible tenerle que decir a aquel hombre bueno y generoso que no sentía por él otra cosa que amistad.

No le amaba. Pero Glenda comprendía que en Harry Waynes tendría siempre el calor y la protección frente a las amarguras del pasado.

—He pensado mucho en ello, Glenda. Sé que tú no estás enamorada de mí, que sólo sientes afecto y agradecimiento en tu corazón. Pero eso no me importaría. Poco a poco, cuando estuviéramos unidos, podría llegar el verdadero amor —dijo él.

—Harry, ¡oh, Harry! —balbuceó ella—, ¡Eres tan bueno!

—¡No quiero ser simplemente bueno! —exclamó él, un tanto incomodado—. Quiero ser otra cosa, quiero que me ames... Pero eso

llegará con el tiempo. Di que sí, Glenda, di que te casarás conmigo.

Temblaba él. Y Glenda se sentía emocionada y confusa.

No, no tenía valor para desengañar bruscamente a Waynes. No podía ser tan cruel con el hombre que había conseguido con tantos esfuerzos equilibrar su mente.

—Aguardemos un poco, Harry —propuso con voz cálida—. Esperemos que transcurra la Navidad. Entonces...

—¿Querrás casarte conmigo entonces? —preguntó Harry, impaciente y ansioso.

—Sí —susurró Glenda, a pesar del horrible vacío que había en su corazón.

El viento zumbó fuerte, agitando las ramas cubiertas de nieve.

—Volvamos —rogó ella—. Empieza a hacer frío.

* * *

—Estás... más delgado —dijo Grin-Beel—. Cada día más delgado, Bob Kingman.

Bob no quería escuchar a la mujer kroonech. Lo sabía, sabía muy bien que había perdido peso, que cada vez se sentía más fatigado y tenso, más desmejorado.

Se palpó la frente y comprobó que padecía fiebre.

De vez en cuando, tosía secamente.

Grin-Beel le contemplaba, asombrada. Ella, como los demás kroonech, ignoraba lo que era la gripe, las enfermedades.

Kingman notaba que cada vez respiraba con mayor dificultad. Pero no pensaba en ello: sólo le interesaba el oro.

Se pasaba las horas enteras en el insólito laboratorio de Inx-Hook, donde toneladas y toneladas de cuarzo aurífero se depuraban y fundían cada día en gruesos lingotes que en la Tierra pesarían más de

diez kilos cada uno.

—No es nada —se decía, a sí mismo—. Un mal pasajero. En Arx no existen virus, no puede prosperar ninguna enfermedad en un ambiente totalmente estéril.

No quería pensar en la horrible verdad: los virus estaban en él. Kingman los había traído desde la Tierra.

¿Cómo había ocurrido? De la forma más absurda: Kingman se había empeñado en acompañar a los kroonech a la superficie del asteroide.

Los kroonech se protegían de la bajísima temperatura del exterior enfundándose en aquellos trajes de flexible metal, de color azulado, para arrancar de la superficie de Arx los colosales fragmentos de cuarzo aurífero purísimo.

A Kingman le habían ofrecido uno de aquellos trajes. Pero cuando se lo probó, el hombre de la Tierra comenzó a transpirar copiosamente y se sintió incómodo.

Además, el traje era pesadísimo y le impedía moverse con plena libertad. Finalmente, optó por desembarazarse de él.

Fue un terrible error, porque estuvo a punto de morir congelado. Los kroonech le devolvieron al refugio en estado inconsciente.

Grin-Beel, la abnegada y hermosa Grin-Beel, se había cuidado de él y Kingman había vuelto a la vida.

Pero estaba enfermo, aunque él trataba de restar importancia a la enfermedad que atacaba sus bronquios y le impedía respirar.

Por desgracia, en Arx no existían medicamentos, puesto que tampoco existían las enfermedades.

Cada día, Kingman visitaba la colosal base donde se encontraban los extraños *vira-kuhl* o naves espaciales en forma de disco.

¿Cuántas toneladas de oro purísimo habían sido embarcadas ya en los *vira-kuhl*?

Kingman no podía calcularlo. Su ambición era insaciable y

constantemente acuciaba a Mock-Beel para que sus obreros kroonech arrancaran más y más oro al asteroide Arx.

Bob se sentía como un Midas del espacio: todo lo que le rodeaba era brillante, pesado y macizo. Era oro.

Había penetrado más y más en los misterios kroonech. Pero su curiosidad había pasado a un plano muy secundario para dejar el primer lugar a la codicia.

Volvió a toser hasta sofocarse.

—*Krybunch* —murmuró Grin-Beel, preocupada—. Estás..., ¿cómo se dice en tu idioma?..., enfermo.

—Te equivocas —respondió Kingman, colérico—. No es nada. Un ligero enfriamiento.

Pero todo su cuerpo ardía ya, dominado por la fiebre. Sus sienes latían dolorosamente y de cuando en cuando se estremecía de frío.

«No puedo enfermar ahora, ¡no puedo! Sólo unos días más y seré inmensamente rico», pensaba.

Los obreros kroonech trabajaban incesantemente. Una cuadrilla de obreros relevaba a la otra en la superficie o en el enorme laboratorio del Gran Sabio Inx- Hook.

En Arx no existía la noche como se concebía en la Tierra. Cuando el enorme y rojizo sol Bellatrix se ponía, sus rayos se reflejaban en la helada superficie del cercano Kroon, que repelía la luz como el más potente espejo y la enviaba contra la zona oscura de Arx.

De vez en cuando —Kingman no tenía una idea muy definida del tiempo que transcurría —volvía a detectar aquella llamada desesperada que captaba su cerebro:

«Bob, Bob, amor mío. ¡Responde!»

Kingman se inhibía, rechazaba aquellas débiles señales de un mundo lejano. Nada debía interponerse entre él y la consecución de sus fines.

* * *

—¡Despierta, despierta, Bob Kingman!

Bob despertó sobresaltado.

Abrió los ojos con dificultad porque la luz rojiza del sol de Bellatrix los había dañado, y vio a Grin-Beel.

—Déjame dormir, por favor… —murmuró—. ¡Necesito descansar!

No quería confesar que se sentía tan débil que apenas podía moverse. Por lo demás, respiraba con gran dificultad y la fiebre iba en aumento.

Grin-Beel insistió. Parecía aterrada.

—Mi padre está… enfermo —dijo con esfuerzo—. Su frente arde… como la tuya. Y apenas… respira.

Kingman se incorporó sobre un codo.

—¡No es posible! —gritó—. ¡No es posible que yo…!

Calló lo que iba a decir. Pero el pensamiento, la sospecha bullía en su mente. *El, Kingman, había contagiado su gripe a Mock-Beel.*

—No será nada —dijo para tranquilizar a Grin-Beel—. Tú sabes que yo estoy enfermo desde hace varios días. Pero ello no me impide levantarme, moverme y trabajar. Tu padre se pondrá bien, se recuperará pronto.

Sin embargo, Kingman sabía muy bien que los kroonech no poseían defensa alguna contra las enfermedades.

—Oh, *krybunch* —gimió Grin-Beel, apoyando su frente en el pecho del hombre—. Tengo miedo. Inx-Hook podría captar la voluntad de todos los kroonech. Y si Mock-Beel muriera…

—No pienses en ello, no sucederá. Dentro de poco, los *vira-kuhl* estarán cargados a tope. Y yo…

Calló. No quería pensar en ello… delante de Grin-Beel.

Pero Mock-Beel, Gran Protector de los kroonech, murió pocas horas después.

Grin-Beel tenía sus bellas facciones crispadas cuando penetró en la estancia y le llevó la noticia.

—Eso... no es lo peor. Centenares de kroonech padecen la misma enfermedad. Han muerto ya más de cuarenta. Mañana...

El terror más absoluto se apoderó de Kingman.

—Inx-Hook ha convocado... al consejo de ancianos. Ahora están reunidos. Cuando terminen...

Calló.

No era necesario que siguiera hablando para que Kingman adivinase la horrorosa verdad: los kroonech le obligarían a subir a un *vira-kuhl* y le transportarían al helado planeta Kroon..., lo que significaba la muerte más horrible para el hombre de la Tierra.

Inmóvil, petrificado por el horror, Kingman escuchó la sutil señal en su cerebro.

—¡Bob, Bob: ¡Debes volver! ¡Te necesito!

Grin-Beel huyó de la estancia, aterrada.

Entonces, Kingman concentró su mente y envió la desesperada respuesta:

—¡Glenda, Glenda, amor mío! Estoy en peligro... ¡Jamás podré volver!

Se puso en pie, vacilante. La cabeza le daba vueltas y apenas podía sostenerse sobre las inseguras piernas.

Salió al pasillo y avanzó por él hasta la sala de máquinas. Quiso traspasar el muro invisible, pero fue repelido violentamente y cayó al suelo.

Desde allí pudo escuchar el conjunto de extraños gritos, el rumor de pasos acelerados que se acercaban...

Bob Kingman comprendió que estaba perdido.

CAPÍTULO XIII

Grin-Beel le alzó del suelo y le arrastró pasillo adelante, en dirección contraria.

—¡Aprisa, aprisa...! ¡Vienen a por ti!

¿Adónde le llevaba?

Kingman abrió los ojos y contempló la luz verdosa que envolvía con un halo fantasmal al dios Krintzel.

Grin-Beel se había detenido, sofocada, y tosía sin cesar.

¡También ella había enfermado!

Kingman la miró, consternado.

—¡También tú, Grin-Beel! Estás enferma...

—Sí... Traté de ocultártelo... Pero ya no es posible. Ven.

El calor que provenía de la gran roca verdosa era inaguantable. Pero la mujer le arrastró sin detenerse, más allá de la pavorosa imagen del dios Krintzel.

Sólo entonces comprendió Kingman que al otro lado del singular templo había una gran abertura en la roca.

—¿Adonde me llevas? —preguntó, jadeante.

Pero ella no contestó, sino que siguió tirando de él, corriendo locamente a lo largo de un estrecho pasadizo de cuarzo.

Kingman se detuvo, asaltado por un violento acceso de tos.

Cuando se hubo repuesto un tanto, miró a su alrededor y contempló, demudado la estancia en la que se encontraba.

¿Qué era aquello?

Altísimas estanterías de metal dorado se elevaban desde el suelo cubierto de destellantes fragmentos de cuarzo hasta la alta bóveda transparente.

En cada uno de aquellos estantes se divisaba algo que tenía semejanza con… un cuerpo humano.

De pronto, Kingman lo comprendió y se estremeció de pavor. . ¡Se encontraban en el *xillop,* en el cementerio kroonech!

Dio un tirón de improviso y se soltó de la mano de Grin-Beel y retrocedió de un salto.

Por desgracia, resbaló sobre los pedazos de cuarzo y cayó al suelo.

Permaneció allí, inmóvil y aterrado.

Pero Grin-Beel se acercó a él y murmuró:

—¿Tienes miedo de… los muertos, cuando tu vida… está en peligro? Vamos, sígueme, Bob Kingman. Este es el único lugar seguro de todo el refugio. Los kroonech no se atreverán a penetrar aquí: es un lugar sagrado para todos nosotros.

Se puso en pie, tembloroso y aterrado. Y se dejó llevar por la mujer a lo largo del ancho pasillo que dividía los altísimos estantes-sepulturas.

Miraba, sin querer, desorbitados sus ojos, los cuerpos amarillentos, descoloridos y resecos de los centenares, de los miles de cadáveres kroonech.

—Ahí —dijo Grin-Beel, señalando a las alturas.

Ella le precedió, escalando con gran agilidad los dorados estantes. Kingman la siguió vacilante y estertoroso.

Había tres espacios vacíos. Tres espacios que aguardaban a otros tantos cadáveres kroonech.

«No habrá lugar para todos los que han de morir», pensó Kingman, estremecido de horror.

—Tiéndete —le indicó Grin-Beel—. Yo estaré junto a ti, *krybunch.*

Se dejó caer sobre la extraña tumba.

Uno de sus brazos rozó el cadáver más próximo y una nubecilla de polvo gris se alzó en el aire, obligándole a toser secamente.

Pero Grin-Beel tapó su boca y le obligó a aguantar su tos.

Se oyó un rumor de pasos. Luego todo volvió a quedar en silencio. Transcurrió mucho tiempo.

Al fin, Grin-Beel le ayudó a bajar y le sacó de allí, pasándole una mano por la cintura. Anduvieron por pasillos excavados en el cuarzo. .

Kingman comenzó a tiritar de frío. La temperatura descendía progresivamente hasta volverse intolerable.

Lo comprendió instantes después cuando desembocaron en el colosal cono donde se encontraban los *vira-kuhl.*

Kingman dirigió su mirada a lo alto y advirtió el cegador resplandor rojo del sol de Arx..., ¡se encontraban en la base de las astronaves kroonech!

—¡Grin-Beel, Grin-Beel! —gritó—, ¿Qué te propones?

Ella se detuvo y comenzó a toser. Cuando pasó el acceso de tos, Grin-Beel respiraba estertorosamente.

Miró al hombre de una forma remota. Pero también había un amor inmenso en aquellas facciones crispadas y demacradas.

—No puedo permitir que mueras. ¡Te devolveré a tu planeta! —exclamó.

Kingman tragó saliva.

Y entonces comprendió que era el hombre más miserable del mundo. Se había dejado cegar por la ambición, había sido egoísta e inhumano, había llevado la enfermedad al mundo de los kroonech y había contagiado a la mujer que iba a sacrificarse por él.

—*Krybunch* —dijo ella dulcemente—. ¡Estás llorando!

Grin-Beel le tomó de las manos y rozó su frente ardorosa contra la del hombre.

—¡Vamos, escapemos de Arx! —gritó ella.

Pero el hombre permaneció inmóvil.

—No puedo —respondió con voz ronca y dificultosa—. No puedo sacrificarte, Grin-Beel. Ellos se vengarían en ti.

Grin-Beel movió tristemente la cabeza.

—¿Qué importa ya,..? Voy a morir. Moriré como morirán todos mis kroonech. ¡No hay salvación para nosotros!

Kingman cayó de rodillas y lloró amargamente.

Entonces, Grin-Beel le arrastró hasta uno de los *vira-kuhl* y Kingman se dejó caer al suelo, sin fuerzas.

La abertura oblonga se cerró sin ruido. Grin-Beel ocupaba un asiento triangular frente a aquellos incomprensibles aparatos de control.

Luego se oyó un zumbido apenas perceptible y Kingman se tapó los oídos, horrorizado.

Un momento después perdía el conocimiento.

Grin-Beel le miró y dos lágrimas resbalaron desde sus ojos. Luego se concentró mentalmente y guió el *vira-kuhl* a través del ancho cono del volcán extinguido.

¿Cuánto tiempo transcurrió? En la cultura kroonech el tiempo carecía de valor.

Al fin, Grin-Beel se alzó de su asiento y se inclinó sobre su *krybunch.*

Estuvo observándole fijamente, con una expresión indefinible. Después rozó su frente sobre la de Kingman y pensó:

«Debes olvidar, Bob Kingman. Es necesario que lo olvides todo. En cuanto a mí..., ¡nunca podré olvidar!»

Luego, arrastró el cuerpo de Kingman hasta el hueco semicircular y situó la cabeza del hombre dentro del extraño alojamiento de color rojo metálico.

A través de la insólita cúpula de la astronave se divisaba la enorme esfera azulada.

El *vira-kuhl* se aproximaba a la Tierra.

* * *

Los Fulner estaban haciendo planes para las inminentes Navidades.

En una habitación próxima, Jim y Bessie reían, alegres, mientras escribían sus tarjetas de felicitación a familiares y amigos.

Glenda Wells miraba a través del ventanal sin prestar mucha atención a la conversación que mantenían Dan y Elizabeth Fulner.

De vez en cuando, se ponía súbitamente en pie, paseaba agitadamente a lo largo de la confortable habitación, para volver a sentarse en seguida.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó Elizabeth, atenta—. Se diría que estás impaciente... Oh, ya lo comprendo: el doctor Waynes avisó por teléfono que vendría a visitarte. ¿Es eso?

Glenda asintió, distraída.

Pero no era la inminente visita del doctor Waynes lo que la perturbaba tan insistentemente.

Una extraña inquietud la dominaba desde la noche anterior.

¿Lo había soñado, era una mera ilusión de sus sentidos?

—¡Glenda, amor mío! Estoy en peligro... ¡Jamás podré volver!

Súbitamente, Glenda se incorporó y se dirigió al vestíbulo.

—¡Glenda! —exclamó Elizabeth, asombrada—. ¿Puedo saber adónde vas?

La señora Fulner la había seguido hasta la puerta y la contemplaba con expresión interrogante.

—No es nada, Beth. Voy a dar un paseo —respondió Glenda.

—Pero., el doctor Waynes debe estar al llegar —Beth parecía muy alarmada.

Tras una breve vacilación, Glenda apoyó una mano en las de la señora Fulner y sonrió con tristeza.

—Dile que... es inútil. Que no podría casarme con él... Estoy segura de que Harry comprenderá —dijo, segura de sí misma.

—Pero, querida, el doctor Waynes parecía tan ilusionado...

—Dile que lo siento en el corazón. Pero que sería un error para los dos. Yo no puedo amarle.

Antes de que Elizabeth pudiera retenerla, Glenda salió a la calle.

La viva inquietud que experimentaba hacía más rápidos sus pasos. Cuando llegó junto a su coche estaba decidida.

Tenía que ir allá, viajar hasta el Parque Nacional Sequoia-Kings.

Pero, ¿por qué?

No podía darse una respuesta razonable: sólo sabía que su instinto la guiaba hacia aquel alejado lugar.

Abandonó la ciudad y tomó la carretera Noventa y Nueve.

Sólo hizo una breve parada para tomar un bocado en un restaurante de ruta.

Luego volvió a la carretera y condujo a gran velocidad, ansiosa por alcanzar los límites de Sequoia-Kings.

Consumía un cigarrillo tras otro, incesantemente, dominada por una gran excitación que iba en aumento a medida que se acercaba al final de su viaje.

La tarde era gris y triste. El cielo, de un color plomizo, uniforme, presagiaba una tempestad de nieve.

—¡Bob, Bob, querido Bob! —murmuraban sus labios sin cesar.

«Estoy en peligro de muerte… ¡Jamás podré volver!», repetía su cerebro la angustiosa llamada de Kingman.

La luz diurna iba extinguiéndose. Antes de penetrar en terrenos de Sequoia-Kíngs, Glenda hubo de poner la luz de los faros.

Al salir de una curva, estuvo a punto de chocar contra un enorme camión *tráiler*.

Solo un volantuzo en el último momento evitó la colisión. El automóvil bandeó peligrosamente, mientras Glenda sentía zumbar en sus oídos el insistente toque de claxon con el que el conductor del gran camión pesado manifestaba su indignación.

Alzó el pie del acelerador y siguió conduciendo á velocidad moderada.

Dejó escapar un suspiro de alivio, consciente de que había estado a punto de, provocar una catástrofe y se propuso conducir con los ojos bien abiertos y todos sus sentidos despiertos.

Al fin, su automóvil rodó sobre los caminillos del parque.

Para entonces, se había hecho ya de noche y los faros de su automóvil iluminaban fantásticamente los altos pinos del bosque.

Eran las nueve y media de la noche cuando su automóvil se detuvo en mitad de la explanada.

«Es una locura», pensó. Pero estaba decidida a pasar en aquel lugar el resto de la noche.

Fumó un cigarrillo tras otro, mientras el viento zumbaba fuerte arrastrando en oblicuo los primeros copos de nieve.

La nieve caía ya abundante, cubriendo las cenizas y borrando los senderos.

Súbitamente, Glenda, que se había adormilado, abrió los ojos. Un fulgor intensísimo iluminaba los alrededores como si fuera de día.

Glenda conectó el limpiaparabrisas para librar de nieve el cristal y miró con ansiedad al exterior.

Algo descendía del firmamento sin producir el menor rumor. Un objeto de grandes dimensiones, anaranjado, terrorífico…

Glenda exhaló un gemido de horror. La brillante luz le obligó a cerrar los ojos...

CAPÍTULO XIV

Le contempló por última vez, con las rosadas pupilas brillantes y las insólitas lágrimas deslizándose por sus mejillas demacradas.

—Adiós..., *krybunch,* adiós para siempre, esposo mío.., Adiós, Bob Kingman —murmuró torpemente.

La abertura oblonga se cerró lentamente, sin un chirrido. A través de la última rendija, Grin-Beel contempló por última vez el cuerpo de Bob Kingman, yacente sobre el suelo nevado.

Volvió a los controles del *vira-kuhl* y estuvo a punto de caer al suelo.

¡Se sentía tan débil ya...!

Se dejó caer, fatigada, con la respiración entrecortada y dificultosa sobre el asiento triangular.

Un leve mareo la obligó a reposar su roja cabellera sobre el espejeante panel dorado.

El vahído se alejó y Grin-Beel concentró su poder mental para poner en marcha el vehículo.

El poderoso *vira-kuhl* comenzó a ascender a velocidad fulminante.

Grin-Beel experimentaba un intenso deseo de abandonarse a todo, de dejarse morir dulcemente.

Al fin y al cabo, estaba condenada a morir. La enfermedad la debilitaba por momentos y se apoderaba de su voluntad.

Pensó por última vez en Bob Kingman, el hombre de la Tierra.

Había sido inmensamente feliz con él, ¡oh, sí, tan feliz como jamás se atrevió a imaginar en los años de su juventud, en el remoto asteroide Arx!

Un nuevo y más largo mareo la obligó a desplomarse sobre el panel de control.

Cuando abrió los ojos, Grin-Beel percibió la señal de peligro. Los aparatos de detección de a bordo señalaban la presencia de varios puntitos oscuros en el firmamento.

—¡Huye, huye velozmente! ¡Puedes hacerlo! —le dictaba su cerebro.

Pero Grin-Beel permaneció inmóvil, ajena al peligro, Pensaba en Kingman, en su *krybunch,* en las horas felices que vivió en su compañía, allá en el recóndito refugio kroonech de Arx.

Invadida por una dulce sensación que anulaba sus sentidos, Grin-Beel recostó la cabeza sobre la brillante pantalla dorada y quedó inmóvil.

* * *

La alarma fue dada por la estación de seguimiento de las PAA, en Bishop.

—¡Atención, atención, Rawlings! Estamos siguiendo a un aparato desconocido que desciende ahora mismo sobre la zona de Sequoia-Kings. En nuestra opinión, se trata de un OVNI. ¡Atención, Rawlings! ¿Nos escuchan?

En la Base de Rawlings, seis pilotos de reactores de intercepción fueron trasladados a toda velocidad en un automóvil hasta las pistas.

En tres minutos, una escuadrilla de aparatos F-106 estuvo en el aire.

Fred Johnson, capitán de la escuadrilla, solicitó, ya en el aire, instrucciones al mando estratégico de la Fuerza Aérea.

—Si se trata de un OVNI…, ¡oblíguenle a aterrizar! —fue la consigna.

—Señor, ¿quiere decir que hemos de disparar sobre él? —insistió Johnson, ansioso por saber a qué atenerse con certeza,

—Exactamente —le respondieron.

Johnson se comunicó inmediatamente por radio con los cinco pilotos de su cuadrilla. Y repitió la orden.

A las veintidós doce, los seis aviones de intercepción picaban desde una altitud de seis mil metros.

De repente, el disco metálico fue claramente visible en mitad de la tempestad de nieve.

Johnson sudaba bajo su casco.

Jamás había tenido a uno de aquellos OVNI en tan perfecta posición de disparo.

—¡Atención! —gritó a través de su micrófono—. ¡Está ahí! ¡Concentren sus cañones! ¡Fuego!

Doce cañones de veintidós milímetros enviaron sus proyectiles trazadores hacia abajo.

En la oscuridad, fue claramente visible la línea de puntitos luminosos que describieron los proyectiles.

Apenas transcurrieron dos segundos. Luego…

Abajo brilló una cegadora llamarada y una masa de chispitas flotó en el aire por unos segundos y fue cayendo lentamente hacia tierra.

—¡Johnson, Johnson! —gritó a través de la radio el teniente

Tom Clarke—. ¿Has visto lo mismo que yo? ¡El OVNI... se desintegró!

—¡Sí, sí, lo he visto! —respondió Johnson, muy nervioso.

—Pero lo extraño..., lo extraño es que nuestros proyectiles..., ¡no le alcanzaron! —rugió Clarke.

Johnson no dijo nada. Se sentía tan impresionado que fue incapaz de expresar sus pensamientos con palabras.

Al cabo, logró rehacerse y llamó a la Base de Rawlings.

—Regresen —fue la orden—. Y prevenga a los pilotos de su escuadrilla que no deben hacer el menor comentario respecto a los hechos. No deben comentarlo entre ellos siquiera.

—Sí, señor —asintió Johnson, espeluznado. Y dio orden a sus pilotos de que emprendieran el regreso a Rawlings.

Abajo, en la negrura del firmamento, todavía se divisaban algunos menudos fragmentos incandescentes que descendían despacio, mezclándose con los gruesos copos de nieve.

* * *

Glenda gemía, de bruces sobre el asiento, petrificada por el horror.

Al fin, abrió los ojos y advirtió que las tinieblas la rodeaban.

Tenía miedo, un miedo absoluto. Miedo a que algo..., alguien se moviese en medio de las tinieblas.

De un manotazo encendió las luces.

Los faros descubrieron la gran explanada cubierta de nieve.

De repente, Glenda lanzó un alarido de espanto y se cubrió el rostro con las manos.

¡Había algo... alguien sobre la nieve!

Volvió a abrir los ojos, estremecida de espanto. Y entonces

comprendió que el bulto sobre la nieve pertenecía a una persona.

Dio al contacto. El motor, frío, tardó en responder.

Entonces, Glenda embragó y el coche avanzó despacio sobre la nieve hasta detenerse a pocos metros de aquel bulto.

Desencajada y palidísima, Glenda bajó del coche y avanzó, temblorosa, hasta aproximarse al hombre caído.

Le tocó, dio la vuelta al cuerpo y sus ojos se desorbitaron.

—¡Bob, Bob, amor mío! ¡Bob, has vuelto! —murmuraron sus labios, ateridos de frío.

Una enorme excitación la embargaba. Era increíble…, pero Bob estaba allí.

Febril, murmurando palabras incoherentes, debía estar muy enfermo, pues sus facciones estaban pálidas y demacradas y tiritaba.

Le arrastró sobre la nieve y se asombró de lo ligero que parecía aquel cuerpo varonil, siempre robusto y pesado.

En el coche, Glenda desnudó su pecho y le frotó con sus manos, sin cesar de pronunciar incoherentes palabras de amor.

Al fin, el hombre movió sus párpados y sus ojos se abrieron. Sólo fue un instante, pero el brillo de los ojos adquirió vida y los labios murmuraron:

—¡Glenda, pequeña! ¡Al fin…!

Ella le besó en los labios, estremecida de amor y de dolor.

Pero Kingman había vuelto a su delirio y permanecía con los ojos cerrados, tiritando de forma impresionante.

—¡Bob, Bob, amor mío, descansa! Yo… yo te cuidaré. No será nada… Ahora… te llevaré a un médico. Y tú…

Calló. El motor se había calado. Volvió a dar al arranque y dio la vuelta en la explanada.

Jamás había conducido Glenda con mayor cuidado que aquella noche. Las pistas estaban heladas y el viaje se volvía cada vez más peligroso.

Al fin, ya de madrugada llegó a Bishop. El automóvil se detuvo con un frenazo brusco ante el County Hospital y Glenda bajó de un salto y penetró en el vestíbulo.

Poco después, Boo Kingman yacía en una cama.

—No voy a ocultarle que su estado es grave, señorita Wells —le informó un médico—. Padece una bronconeumonía en estado muy avanzado. ¿Cómo es posible? Este hombre debió recibir atención médica hace muchos días.

Glenda no pudo dar ninguna explicación. ¿Cómo poder explicar lo... inexplicable?

El amanecer la sorprendió acurrucada junto al lecho de Bob. Una enfermera entró y la obligó a salir con palabras amables.

—Van a ponerle en el pulmón de oxígeno, señorita Wells. De nada serviría que permaneciera allí ahora.

Más tarde... ¿Por qué no baja a la cafetería y toma un café?

Pero Glenda no consintió en moverse del pasillo

Muchas horas transcurrieron antes de que un médico se acercase a ella y la tomase por un brazo.

—El señor Kingman está fuera de peligro, señorita Wells. Seguirá una larga convalecencia, pero se curará. ¿Quiere verle ahora?

Las palabras se atragantaron en su garganta.

Luego penetró en la habitación. Y comprobó que Bob había vuelto en sí.

No podía besarle, como ansiaba, pero sí tomar una de sus manos. Y para Glenda era suficiente.

—¡Bob, Bob! —murmuró—. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Kingman la miró, consternado.

—¿Dónde he... estado? No lo sé... Recuerdo que recibí un golpe en la cabeza, cuando trataba de huir del incendio... Luego... nada más.

Glenda comprendió que él decía la verdad. No recordaba, no sabía más.

Y pensó que tal vez todo fuese mejor así, aunque Glenda guardase en lo más recóndito de su mente la absoluta certeza de que Bob había sufrido una experiencia alucinante.

Ahora... le bastaba con saber que le había recuperado, que Bob estaría curado irnos meses después y que ya le tendría para siempre.

* * *

Bob encendió un cigarrillo. Dejó la cerilla sobre el cenicero y alzó la mirada hacia el comisario Purdom, que le observaba fijamente, al otro lado de la mesa.

—¿Qué otra cosa puedo decirle, Purdom? No recuerdo nada … excepto que recibí un golpe en la cabeza y perdí el sentido. Creo que después debí recobrar el conocimiento y conseguí escapar del fuego... Según los médicos que me han examinado, he padecido amnesia durante un período no determinado de tiempo...

—Sí, ya he leído el informe —respondió Purdom, desconcertado —. Según ellos, usted ha pasado tres meses vagando por los bosques de Sequoia-Kings, sin poder recordar nada de lo ocurrido. Pero...

—Imagino sus dudas, comisario. Se está preguntando cómo recuperé la memoria, ¿no es eso? —le atajó Kingman.

Purdom dejó escapar una exclamación de asombro.

—Es curioso. Era en ello en lo que pensaba exactamente. ¿Cómo pudo adivinarlo?

Kingman se encogió de hombros.

—Supongo que aguardaba su pregunta. Pues bien: no lo sé con exactitud.. Los médicos dicen que tal vez caí y me golpeé en el cráneo. La violenta conmoción me devolvió la memoria. Creo que incluso hay alguna reciente cicatriz en mi cabeza. ¿Algo más, comisario?

Purdom se puso en pie. Y dejó escapar un suspiro.

—Nada más. Celebro que haya vuelto. Durante este tiempo, todos le creímos muerto. Todos... excepto una persona: Glenda Wells.

Purdom abandonó la habitación. Kingman quedó pensativo.

Se sentía perplejo. En su cerebro existía un cierto vacío indefinible. Aquello le producía una vaga sensación de angustia. Pero…

Glenda Wells penetró en la habitación.

E impulsivamente rodeó la mesa y abrazó a Bob Kingman y buscó desesperadamente sus labios.

—Al fin… —murmuró—. Imaginé que Purdom iba a permanecer aquí todo el día, amor mío.

Kingman la abrazó fuerte y sintió que al contacto de aquel cuerpo tibio y juvenil, un calorcillo entrañable se desataba en su pecho.

—Glenda, Glenda, pequeña mía…

Más tarde, los Fulner penetraron en la habitación.

Hubo abrazos, apretones de manos, frases entrecortadas y expresiones llenas de entusiasmo y de sincero júbilo.

—¿Cuándo? —preguntó Elizabeth a Glenda, en un aparte, mientras Dan y Bob charlaban muy animados.

—¿Te refieres a nuestra boda? Vamos, vamos, Beth, „a qué tanta impaciencia? Por supuesto que vosotros seréis nuestros padrinos .. En cuanto a la fecha, Bob no quiere esperar demasiado. Marzo está próximo. Nos casaremos en primavera.

Beth pareció satisfecha con ello. Pero la curiosidad apenas la dejaba respirar.

—En cuanto a lo otro… Me refiero al tiempo que Bob permaneció desaparecido —insinuó al fin.

Glenda le tapó los labios con la mano.

—No hay nada que preguntar. El no recuerda nada y yo sólo deseo olvidar que aquella noche vivimos una experiencia alucinante, Beth —respondió.

Los Fulner se marcharon una hora más tarde. Habían dejado un fajo de periódicos y revistas sobre la mesa y Glenda los hojeó,

distraída, mientras Bob se afeitaba en el lavabo.

De repente, Glenda exhaló un gritito de asombro.

Sus ojos recorrían, incrédulos, aquella noticia del *Chronicle.*

INSOLITO HALLAZGO EN SEQUOIA-KINGS

Diez toneladas en lingotes de oro encontradas por un grupo de excursionistas

Un grupo de excursionistas que acampaban en el Parque Nacional Sequoia-King denunció haber realizado un extraño y riquísimo hallazgo en la zona que el pasado verano fue destruida por un incendio forestal. Buscando leña para encender una hoguera, dos jóvenes encontraron unos lingotes de oro bajo un montón de nieve.

La policía se trasladó a aquel lugar y los agentes desenterraron hasta diez toneladas en lingotes de oro de 24 quilates. Ante el extraordinario hallazgo, la policía ha abierto una investigación. Se sospecha que los lingotes de oro pueden suponer un contrabando a gran escala y...

Ya se disponía a llamar a gritos a Bob, cuando Glenda comprendió que lo mejor sería no decir una palabra... a nadie.

De alguna forma, Glenda imaginaba que aquel oro estaba relacionado con el misterio que rodeaba la desaparición de Kingman.

Pero puesto que no podía penetrar en aquel enigma insondable, lo mejor sería no perturbar al hombre que amaba.

Firmemente decidida, Glenda arrancó la página y la deshizo en finísimos fragmentos que arrojó a una papelera.

Y luego se dispuso a esperar a que Bob saliese;

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

[1] *Se llama así al orden de mamíferos que enlaza los verdaderos monos con los quirópteros. Los quirópteros, anteriores al mono, eran animales arborícolas, con membranas entre los dedos y otras partes del cuerpo, de las que se servían para hacer una especie de vuelo planeado.*

En cuanto a los actuales prosimios, poseen una cabeza casi redonda, grandes ojos redondos que parecen fosforescer en la oscuridad, orejas pequeñas y redondeadas, y unas manos con dedos delicados y parecidos a los del hombre.

[2] *Follow me* significa "sígueme", en inglés.

[3] *Especie de lecho, por lo común, capaz para tres personas, en que los antiguos griegos y romanos se reclinaban para comer*